



# cuadernos unimetanos

## CONTENIDO

<b>Prólogo</b>	2
Natalia Castañón	
<b>Ofelia Avella</b>	4
Rostros fugaces	4
Sueños de un escritor	9
<b>Elisabetta Balasso</b>	14
Los Inútiles	14
Ángeles del desierto	16
Manual de Aproximación (extractos)	23
Vocales y telegráficos	24
<b>Reynaldo Bello</b>	26
<b>Matilde Daviú</b>	31
Sara	31
Transgenero de piratas	34
<b>Napoleón Franceschi G.</b>	37
El abanderado del General Barreto	37
La urna y el piano	40
El día que Chilón lanzó la primera bola a diez para las doce	44
<b>Patricia Mendoza</b>	46
<b>María Dolores Peña</b>	50
Trauphis	50
<b>Rogelio Romero</b>	67
Poco a poco	67
A mi madre	68
Hasta luego mi amor	69
Mayra	70
Adios...	71
<b>Ana María Velázquez</b>	72
El mismo espanto que convierte la palabra en una mueca	72
Estrellas brillantes en Praga	74

La edición ha mantenido la condición original de los textos.

## Prólogo

*Y fue a esa edad... Llegó la poesía  
a buscarme. No sé, no sé de dónde  
salió, de invierno o río.  
No sé cómo ni cuándo,  
no, no eran voces, no eran  
palabras, ni silencio,  
pero desde una calle me llamaba,  
desde las ramas de la noche,  
de pronto entre los otros,  
entre fuegos violentos  
o regresando solo,  
allí estaba sin rostro  
y me tocaba.*

Pablo Neruda

*El viaje a la felicidad* es el título del libro del Dr. Eduardo Punset, abogado, economista y comunicador científico de larga trayectoria. Este plasma, como conclusión de numerosas investigaciones, que las manifestaciones artísticas son una forma de felicidad. Así es esta recopilación de poemas y cuentos.

El viaje lo realizan nueve autores/nueve paradas: Ofelia Avella, Elisabetta Balasso, Reynaldo Bello, Matilde Daviú, Napoleón Franceschi, Patricia Mendoza, María Dolores Peña, Rogelio Romero y Ana María Velázquez.

En estos cuentos y poesías se expresan emociones, sentimientos, ideas; se conocen atormentados, delicados, graciosos y singulares personajes; se recrean experiencias, se indaga en los recuerdos y se reflexiona.

Los cuentos son descriptivos, intensos, con sentido del humor y rescatan expresiones coloquiales de nuestro país. Los poemas hacen referencia a lo cotidiano, la soledad, el amor y las despedidas.

No es casual que esta publicación coincida con el año número once del Día Internacional de la Poesía. Éste fue proclamado por la Conferencia General de la UNESCO y se celebró por primera vez el 21 de marzo de 2000. Su finalidad es fomentar el apoyo a los poetas jóvenes, volver al encantamiento de la oralidad y restablecer el diálogo entre la poesía y las demás artes.

Así pues, lo anterior se enlaza y corresponde con las líneas fundamentales del Eje de Dominio del Contexto Cultural de la UNIMET y la misión del Departamento de Didáctica y Humanidades "apoyar y promover el dominio del contexto cultura (filosofía, literatura, ciencias sociales, arte e historia) y la formación humanística bajo un enfoque dinámico que contribuya al desarrollo de la investigación, la docencia y consultoría, con apoyo de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) y fundamentado en el Enfoque Basados en Competencias (FBC)".

Esta publicación, emprendida y liderada por la Prof. María Eugenia Perfetti, tiempo completo del Departamento de Didáctica y Humanidades y Coordinadora del Área de Literatura del mismo, congrega con entusiasmo, para este primer viaje, a estos nuevos profesionales de diferentes áreas, estilos y técnicas.

Confiamos en que el futuro nos depare más viajes como éste. Por lo pronto, ¡Bienvenidos a este primer "viaje a la felicidad"!

**Natalia Castañón**

*Que buen idioma el mío.  
Que buena lengua  
hemos heredado  
de los conquistadores torvos...  
Se lo llevaron todo  
y nos dejaron todo...  
Nos dejaron las palabras.*

Pablo Neruda

Nació en Caracas en 1967, de ascendencia italo-venezolana. Se graduó en Letras en la UCV y obtuvo una maestría en Filosofía en la USB, además de un diplomado en Teología en la UMA.

Dedicada a la docencia desde hace más de 21 años en colegios como Los Campitos, el Instituto de Capacitación Profesional Los Samanes y el Mater Salvatoris, se ha concentrado en las áreas de Filosofía y Arte, así como en la formación humana y religiosa de sus alumnas. Desde hace 6 años es profesora agregada en la UNIMET, adscrita al Departamento de Humanidades, donde ha impartido asignaturas como «Conceptos y Problemas de Filosofía», «Filosofía Moderna», «Pensamiento Occidental» y «Lengua Española».

Su inquietud por conjugar la Filosofía con la Literatura le ha llevado a tratar temas relevantes de la vida cotidiana que le han parecido afectar en profundidad a todo ser humano. Los cuentos que ahora se publican en esta edición especial de *Cuadernos Unimetanos* forman parte de una colección titulada "Vidas al límite", nombre que sugiere bien la diversidad de situaciones susceptibles de ser vividas con extrema intensidad.

Tiene un lenguaje directo, preciso, con especial cuidado en los detalles descriptivos. Mantiene siempre el hilo coherente de un mensaje concreto que desea transmitir para reflexión del lector.

Actualmente, Ofelia está escribiendo una novela que compendia bien todas sus inquietudes.



## Rostros fugaces

Me asombro de todo lo que puede suceder en minutos. El que recoge los platos viene y va sin advertir mucho quién entra o sale. No sé si piensa mientras camina, pues parece tan programado en sus movimientos que quizás no se reconozca a él mismo si se topara de pronto con un espejo. Está además tan embebido en el ir y venir que no saluda a quien se le cruza en el camino. Acaba de recoger las bandejas de una pareja que parece haber peleado, pues ambos están muy serios y callados. Quizás sean cosas más, no sé. Quizás tenga razón. Lo cierto es que no hablan. Rápidamente, así, sin darse siquiera cuenta de ello, el muchacho limpia y recoge; recoge y barre. Trabaja sin mirar rostros, sin ver quién tenía esas bandejas de las que tan bien desecha los restos de comida. Así, pues, entrenado para advertir el más mínimo rastro de polvo y el más minúsculo trozo de pan en el suelo, este ayudante dejó de interesarme por lo insulsa en que ha permitido que se vuelva su vida, pues parece máquina y no gente.

Muy cerca de él viene caminando una señora con una bandeja que de lejos parece bastante llena. Debo tener razón, pues no es nada esbelta. Efectivamente, panes, revoltillo, mermelada, mantequilla, jugo, café y... aunque no acierto a ver bien, creo que carne. Son apenas las ocho de la mañana, así que supongo que con ese plato no comerá hasta la noche. Muchos parecen aprovechar el desayuno para saltarse el almuerzo, pues la comida aquí es económica y sabrosa. No todos trabajarán aquí; muchos vendrán sólo a comer, así, como a veces lo hacía yo antes de irme a la Universidad.

El señor de enfrente está tan sumergido en la lectura del periódico que acaba de ensuciarse la corbata con el café. Pude leer la grosería en sus labios, y es que probablemente este accidente arruinará el impecable horario de su agenda. Parece exacto, muy seguro de sí mismo y ocupado. Esto debe haberlo puesto bravísimo, pues recogió sus cosas y dejó el sandwich prácticamente entero. El periódico se lo llevó; debe serle más útil que el sandwich. Salió tan fuera de sus cabales que se tropezó con la vendedora de chocolates que apenas llegaba. La pobre mujer pensó que era culpable del lamentable encuentro, pues la furia del ejecutivo amilanaba a cualquiera. Sin reparar siquiera en lo sucedido, el hombre siguió adelante hasta quién sabe dónde, pues una vez que la gente sale les pierdo el rastro.

No creo que al dueño le agrade saber lo mucho que se tarda su empleada en abrir la tiendita de chocolates, pues como además lo hace de espaldas al público, ni se entera de la cantidad de clientes que se van cansados de esperar. Y es que la pobre es mayor y su agilidad poca. Quién sabe qué cosas hay detrás de cada rostro, detrás de cada vida. Quién sabe cómo percibe cada quien el tiempo; el paso de "su" tiempo. Todo parece pasar tan de prisa y al mismo tiempo tan lentamente...El tiempo parece volar y a veces parece comprimirse en un cúmulo de minutos siempre iguales...Es extraño.

En fin, una vez abierta la tienda, la vendedora prosiguió a sacar una a una las pequeñas cajas que agrupaban chocolates según el sabor. Sus movimientos eran tan lentos que el tiempo parecía detenerse en el segundo de su único y prolongado acto, y es que la calma extrema me tenía ya adormecido e hipnotizado. Si no hubiese sido por el galopar contrastante de la mayoría me hubiera quedado dormido, pues para colmo estoy trasnochado.

La tienda es una quincalla de peroles y perolitos...bombas que dicen "Happy Birthday", "It's a girl!" o "It's a boy!", entre otras que sólo están decoradas con muñequitos. Los peluches son variadísimos, tanto como los chocolates que nadie compra, pues llevo aquí tiempo y no se venden. Quién sabe cuántos días o semanas tendrán ahí guardados y después le dicen a uno que son frescos... "sí, sí, de esta mañana, acaban de llegar".

Al fin advierto que el ruido que me tiene aturdido son los estornudos que vienen de la esquina. Es un hombre que no hace otra cosa desde que llegó. Así se entiende cómo se contamina el ambiente. No parece apurado. Contrasta con el resto, quizás haga lo mismo que yo; quizás sólo esté viéndonos a todos comer, caminar, entrar, salir, leer el periódico o hablar. Sería interesante intercambiar visiones, sobre todo si ya me ha visto a mí. Es misteriosa la vida, sí que lo es, pues nos pasamos unos a otros a sólo centímetros de distancia sin advertir siquiera que ni nos conocemos ni nos conoceremos probablemente nunca. Es raro; pero es que a veces hay tantas cosas que turban...Nunca pensé que vería lo que veo, pero tengo tanto tiempo aquí sentado que el volumen de la vida parece comenzar a revelárseme de pronto. Son muchos los rostros que pasan y muchos también los que me han pasado inadvertidos, pues o se van muy rápido o no captaron de inmediato mi atención. Lo cierto es que la vida parece pasar tan volando como fugaces desfilan estos rostros ante mi vista. Y es que así es. El tiempo se nos escurre entre las manos en cada instante imperceptible.

La gente entra y sale de la cafetería como volando se van los minutos. Todo ocurre en instantes y así, cada rostro que pasa es como un segundo que se me escapa, que no puedo retener. La señora que acaba de sentarse en la mesa de enfrente saca un termo de una bolsa de plástico. Quién sabe si es leche, pues sirve algo en la bebida que acaba de comprar y se lo toma todo junto con unas medicinas. Luce un tanto extraña, desarrapada y solitaria. La que se sentó junto a ella lee un libro mientras come su sandwich. Parece saborear más lo que lee que lo que come; y es que hay gente así, que come por obligación. Ninguna saluda a la otra, cada una está en su mundo y en su mundo se quedan ambas, pues se levantan con poco tiempo de diferencia y salen juntas por la misma y única puerta.

Todos pensarán que no tienen por qué saludarse, pues nadie ha venido para una reunión social; nadie ha sido invitado a algo por alguien. Así, ¿por qué habrían de saludarse? Nadie pierde el tiempo volteando el rostro para dirigirle unos "buenos días" al de al lado, pues si lo encuentra abstraído en su lectura o pensamientos podría llevarse un chasco. No a todo el mundo le gusta que le hablen y como uno no sabe quién es el de enfrente, resulta mejor no hablar. Así somos, así nos hemos vuelto. Sólo una viejecita que se sentó justo frente a mí tiene rato mirándome con una ternura de abuelita. Le sonrío puesto que me sonrío. Quizás recuerda qué hacía ella a mi edad, quizás me dirige la mirada sólo por educación, por estar yo cerca de ella. Y es que es natural que nos veamos y saludemos si el destino ha hecho que nos tropecemos, no sé, eso pienso yo y eso piensa ella probablemente.

Necesito un café. Estoy que me duermo. La cola de la barra es siempre larga, como si siempre fuera la única hora del desayuno. La gente come y come a cualquier hora, sin hora-

rio fijo y sin ninguna restricción. Son las once de la mañana y estoy tentado a preguntarle al señor de la izquierda por qué come tanto y tan tarde, pero pienso que podría preguntarme qué hago yo de vago sentado toda una mañana en el mismo sitio tomando café. Sí, quizás todo tenga una respuesta y yo las ignore. Quizás todos tengan *su* razón igual que yo. Quién sabe si con esta comida matee las otras dos del día; quién sabe si no ha comido desde ayer, y quién sabe por qué. Lo cierto es que mejor observo y me callo. Lo he visto tanto que ya me da vergüenza hasta voltear a la izquierda, pero no puedo evitarlo porque alguien tiene parada la cola desde hace tiempo y no sé qué pasa. Escucho que la muchacha que sirve le dice que se calme, que las arepas no se van a acabar, y es que un muchacho está angustiado porque sólo ve dos en las bandejas. Los hábitos de todos se ven en cada plato; así, cuando uno cree que alguien lleva comida a varios que esperan en la mesa, advierte que todo es para él, así como otros comen sólo frutas, como pajaritos. Los platos varían tanto como las personalidades, y así como uno no sabe cómo unos sobreviven al ayuno, tampoco se entiende dónde caben a otros unos chocolaticos de la tiendita de enfrente después de la bandeja que se les vio. Otros dirán de mí que tomo excesivo café, y tienen razón, pero es que no puedo vivir sin él.

Por mirar a la gente no he reparado en que hubiese podido saltarme la cola para comprar el café, pues la máquina está al final de la barra y yo no voy a pedir otra cosa. Pero es muy tarde para eso, ya casi estoy llegando y además, no tengo nada que hacer, salvo esperar. Unos minutos más, unos menos, no hacen ciertamente gran diferencia y lo cierto es que si no hubiese sido por esta larga espera no habría podido detallar los rostros de los que sirven, cosa que en estos momentos me interesa. No miran a la cara a los que piden alguna cosa; a veces levantan la cabeza, pero he visto que lo hacen sólo cuando no han escuchado bien la orden o cuando alguno se impacienta, como fue el caso del muchacho de las arepas. La costumbre de ver la comida y servirla lo más rápido posible no les deja mucho tiempo de ser amables, y es que los mismos clientes han forzado a estos muchachos a no perder segundos en conversaciones que restarían eficacia al proceso. A pesar de todo, la muchacha que sirve el queso ha encontrado minutos para dialogar; es la más simpática, pregunta qué queremos y desea buen provecho. La que abre las arepas sólo escucha y rellena, pero sonrío apurada y artificialmente. Y es que aunque todos fuesen adorables, el diseño de la barra muestra rostros interceptados por barrotes que sostienen empaques de comida. Quizás los que sirven intentaron ser amables al principio, pero el esfuerzo de tener que buscar el rostro del cliente por entre los barrotes los forzó a ser impersonales en el trato. A uno termina sólo importándole que le sirvan su comida lo más pronto posible, y así nos acostumbramos a vernos sin mirarnos; a vernos sin reparar siquiera en la expresión de los rostros. La vida pasa rápido y nosotros nos esforzamos en acelerarla aún más. Es curioso, tragicómico o melodramático, no sé qué sea, pero sí que lo es.

La muchacha de la caja está tan automatizada como la máquina misma. A uno le da hasta flojera dar las gracias por el vuelto recibido, pues uno intuye que a quienes cobran les da lo mismo si agradeces o no; así, ¿para qué esforzarse tanto cuando abrir la boca para hablar lleva su tiempo?

Sentía tanta curiosidad como los demás de acercarme a la tienda de chocolates y ver las cosas de cerca, pues es una quincalla de tal calibre que no se la puede estudiar de lejos. Muñequitos, peluches, globos, chocolates en forma de bombones, de botellas de champaña, de cestas o de corazones; almohaditas decoradas con muñecos y frases como "sólo pienso en ti" o "te quiero a cada instante"; cuadritos para guindar en la pared o en las puertas de la casa con mensajes tan dispares como "Angel de mi guarda, dulce compañía" o bien "¿Dónde coño están las llaves?", "¡Vendo esposo! Mi casa, mi carro, mis joyas, mi perro, toda la ropa, todo en excelente condiciones, única dueña, poco uso. Compre todo y pague como pueda", "Si en este hogar falta algo, no lo diga, tráigalo", "Qué triste preocupación cuando uno está ocupado y viene un desocupado a darle conversación", "Si no hay caña llame al

800/curda"...etc...etc...etc...En fin, cosas y cosas que lee uno para perder el tiempo. Lo cierto es que viene y viene gente a preguntar cuánto cuestan las cosas y hasta ahora sólo una muchacha se ha llevado un globito del pato Donald, quién sabe si para su hijo.

*¿Los globitos?...Sí, sí, a 10 bs cada uno. Los chocolates a 8...*La gente pasa y vuelve a pasar y al final no compra nada. Yo tampoco he comprado nada, pero es que no acierto a imaginar para qué puede servirme tanto perolito. El pequeño árbol de Navidad luce bonito en la tiendita. Es quizás lo único que me atrevería a comprar, pero es lo único que no está a la venta. Es el principal adorno de la tienda, así como los ositos que encajaron en las ramas. *Bellísimo...* oigo que dice la empleada a su amiga... *bellísimo. Me costó 200 en el Centro. Es morado, tiene estrellitas y un San Nicolás...pero es bellissimo...bellísimo*, repite sin parar. La vendedora habla y habla con la amiga acerca de un bolso morado que acaba de comprar. Es curioso cómo repite que es *bellísimo*. Lo hace cada vez con menos fuerza, pero lo repite una y otra vez. Parece hipnotizada, pues habla ya mirando a lo lejos como sin recordar siquiera a qué se refiere con el *bellísimo*. Da cierta lástima, pues parece asirse a lo más bello que ha visto últimamente, a lo que en los últimos tiempos le ha procurado quizás más felicidad. La entiendo bien, pues yo también he vivido esos momentos de apego a cosas concretas, cosas de las que al poco tiempo puedo prescindir con facilidad.

Una vez sentado en mi silla recorro de nuevo la mirada por todas partes. El ambiente de la cafetería se me ha hecho infinitamente familiar, pero cuando siento que empiezo a intimar con algún rostro que permanece cierto tiempo en el lugar, viene el relevo. Ahora todos son nuevos. El tiempo que tardé en comprar el café y echarle una ojeada a la tiendita sirvió para renovar el ambiente. No pretendo hacer amigos en una cafetería tan transitada, pero busco un cierto calor que da la familiaridad.

Aquí muchos hacen lo mismo que yo; miran al resto mientras comen. Sólo unos pocos caminan sin mirar rostro alguno, pero son también pocos los que llegan como ha recién entrado uno que se tiene a sí mismo como galán. La actitud es impertinente, altanera, repulsiva, pues es de esos que entra mirando *quién* lo mira. Lo curioso es que después de dar la vuelta a la cafetería decide salir de nuevo para volver a entrar. No sé si pretende modelar; lo cierto es que cada uno de sus movimientos es profundamente ridículo. Al fin decide comprar un café, pero no lo pide hasta que le preguntan qué quiere. Sin lugar a dudas hay distintas maneras de entrar dominando el espacio común. Y ésta es detestable, pues toda actitud que intimide a los otros genera un distanciamiento irreversible. Este individuo no fue el único que entró así, como *siendo esperado* por todos. Un hombre vestido de negro, con un maletín inmenso y también negro, entró como quien se siente dueño del lugar. Tiró al suelo el maletín, seguro, además, de que nadie iba a llevárselo, y corrió a comprarse el desayuno o el almuerzo, quién sabe qué considere él que sea su comida a las once y media de la mañana. La efectividad de sus movimientos lo hace ver como un hombre competente, cumplidor de su horario, rápido, pero lo cierto es que al sentarse parece disponer de todo el día para comer. La aparatosa entrada y la tan ajetreada manera de comprar su comida contrastan cómicamente con la tranquilidad con que come. Todo el tiempo que no tenía para entrar y caminar con reposo supo reservarlo bien para comer. Es realmente increíble. Este hombre saluda, además, a todos los que trabajan en el lugar. Es el único que parece conocer a todos... *A mí no me gustan los millonarios*, dice a una mesonera, *estoy cansado de trabajar con ellos...*

Mientras trato de escuchar lo que dice, pues se sentó muy cerca de mí, veo entrar a un niño pequeño que parece estar solo. Mientras busco a la mamá con la mirada, veo que una señora voltea de pronto y lo mira. Es curioso cómo camina y camina sin estar realmente pendiente de si su hijo sigue detrás. Cualquiera podría llevárselo en segundos, pues se tardaría menos en raptarlo que lo que ella tarda en voltear a verlo. El niño salta y salta y va de aquí para allá, libre como el viento, o descuidado como una casa sin dueño. No sé.

Mientras sigo al niño con la vista, pues realmente me preocupa que se pierda, veo a una señora limpiar un tanto obsesivamente las tres tacitas de café que se tomó. Pienso que hu-

biera sido más fácil comprar un café grande, como hice yo, en lugar de tres pequeños, pero he visto cómo todos tenemos nuestras manías o rituales para empezar el día. Quizás ella *necesite* sus tres cafecitos tanto como yo el mío grande. La mujer recoge los trocitos de pan que cayeron fuera del plato, las cenizas que se desprendieron y siguen desprendiéndose de su cigarrillo, la servilleta sucia que quedó fuera de los límites de su pulcritud y el vaso de jugo que ya terminó. Todo quedó *pulquérrimo*, como se dice, pero debe ser asfixiante vivir con ella, y no precisamente por el humo de sus cigarros. Yo nunca he fumado por cierto, pues tragar humo me enferma; no sé cómo otros acaban dependiendo de un cigarrillo como un niño de su madre. El punto es que vivir con esta mujer debe sacarlo a uno de sus casillas.

Un hombre acaba de entrar con una *laptop* debajo de su brazo. Después de comprar un café se sienta muy cerca de mí. Abrir la computadora y cambiar su fisonomía fue cuestión de segundos. Llamó al mesonero *robot* que creí mudo para preguntarle si había posibilidad de enchufar el cable en alguna parte, pues su computadora acababa de descargarse y él necesitaba escribir. Al saber que no había nada que hacer se puso bravísimo, cerró la computadora y salió como un bólido de la cafetería. La verdad es que cada quien está en su mundo, en su mundo muy particular... Me encantaría saber qué era eso tan importante que pensaba escribir, pues me hubiera permitido entrar en ese ámbito desconocido que constituye el mundo de cada uno. Entrar en la mente de los demás, en el fuero interno donde se toman las propias decisiones, donde hierven las pasiones que ni uno mismo atina a veces a discernir... Me gustaría, pero es imposible.

Cuando trataba de alcanzar con la mirada las bandejas de unos novios embelesados, vi una cucaracha que pasaba por entre las piernas de una pareja que comía sin advertirla; veo que sigue por donde le viene en gana sin que nadie se dé cuenta de que existe... Alguien la verá, la pisará, y se acabará todo. He tenido tiempo hasta de detallar los movimientos de la cucaracha. Cualquiera diría que no tengo nada que hacer. Lo cierto es que espero una noticia importante; una de esas que cambian la vida y la recortan de pronto. Veo doctores que van y vienen y me pregunto a cuántos habrán visto morir. Uno se acostumbra a verlos fuera de contexto, en otro lugar que no sea la clínica, sin que tengan alguna relación con un ser querido o con uno mismo... Uno se acostumbra, digo, hasta que los ve ejerciendo con uno mismo. Es rara la vida. A veces se vislumbra como un futuro largo, que no acaba nunca, y otras veces, en cambio, se acorta hasta el extremo de imponerse a uno con la figura de un segundo. Uno los ve de lejos, a los doctores, digo, y los ve riendo, hablando como habiendo olvidado de cabo a rabo a cada uno de los pacientes y sus problemas... Sé que es injusto, porque son hombres, hombres que tienen familia y sus propias enfermedades, quizás. Sé que deben reír aún cuando hayan visto morir a alguien segundos antes... Uno también lo hace... Se llora y se ríe, se ríe y se llora... Así es la vida. Veo a la gente caminar, ir y venir, comer y reír, y todo parece raro, no sé, lejano. No sé si sea porque estoy a punto de irme, y no propiamente de la cafetería; no sé si sea porque no conozco a nadie y la extrañeza se duplica. Buscaba una familiaridad que me diera seguridad, pero lo cierto es que el espacio se me hace cada vez más indeterminado, impreciso, subyugante. En la medida en que detallo cada rostro se me hacen todos más fugaces. Los veo a todos hablar por segundos, porque están siempre apurados, nerviosos, pensando en otra cosa que les ocupa los sentidos por completo.

La vida se hace intensa cuando a uno se le acorta... Si a ellos se les estuviese acortando caminarían con mayor tranquilidad, observarían todo con más interés y hablarían con los demás como aferrándose al amor.

Ya son las 12:00. Debo subir. Perderán mi rastro cuando salga de la cafetería y yo perderé el de tantos rostros con los que nunca hablé.

Conozco el diagnóstico como si ya me lo hubiesen dicho.



### Sueños de un escritor

Si no hubiera hecho lo que hice no estaría aquí, entre barrotos y asesinos múltiples, aislado en esta isla en la que no hay otra cosa más que presos y locos. No sé por qué lo hice, la verdad es que no lo sé, yo sólo me sentía deprimido, estaba triste, pero sólo un poco, no sé, y la maté, es verdad, pero lo hice sin querer, eso deben tomarlo en cuenta, aunque todos dirán lo mismo, “no quise hacerlo”, “no fue mi culpa”, “estaba fuera de mis cabales”, “lo hice bajo presión”. Será imposible ganar el juicio porque la maté, sí, fui yo. Quizás pueda alegar que estaba medio dormido, entre el sueño y la vigilia, en esos momentos en que uno despierta pero cree que sueña, no sé, digo yo que podrían creerme si digo algo así. El loco de enfrente asegura que lo soltarán y mató a cuatro, y lo dice así tan tranquilo como si hablara de gallinas o pollos, pero alega que está loco, lo reconoce y acepta. Si hago lo mismo me absuelven, pero tendría que volverme loco para actuar como loco, porque creo que no lo parezco, mientras que el de enfrente no puede ocultarlo. Mirarlo me da miedo, ni decir cuando hacemos la cola en la cafetería y me guiña un ojo de lejos quitándome el hambre en segundos. El otro que me da pánico es el de al lado, pues grita y grita de noche y tienen que venir a calmarlo invariablemente. Dicen que mató a uno que no quería darle *pizza*, la verdad es que cuesta creerlo, pero eso dicen. No sé cómo podrá defenderse alguien que hizo algo así, matar por comer *pizza*, aunque lo mío también es feo, matar por estar de mal humor, sí, es feo. No sé quién tendrá aquí alguna excusa fiable, alguna con fundamento, como se dice. Quizás nadie tenga razón, quizás sólo los locos, y si tengo que decirlo, que aceptarlo y alegarlo, eso, que estoy loco, lo diré porque no quiero pasar mi vida entera aquí, entre rejas. El gordo sueña con comida, pues lo he escuchado y me despierta de noche, con su repaso de listas de supermercado que imagino se cree que está comiendo. El de la bandana es un narcotraficante y ya sólo con eso le basta, pero tiene a su cargo una serie de crímenes de los que se jacta de una manera insólita. Nunca había conocido a nadie tan violento, tan malo y retrechero. Está siempre planeando cómo huir, pero me da terror asociarme para que luego me traicione en un momento de presión y me deje tirado por ahí, incluso muerto, que estoy muy joven para eso. La verdad es que no sé cómo hice lo que hice, por qué estaría de mal humor y por



qué no se me ocurrió tirarle un zapato, sólo un zapato o hasta la almohada. Matarla sólo porque me estaba despertando fue como mucho, sí, exagerado, pero me despertó a gritos y me dolía la cabeza, además me pidió dinero para ir al mercado y pagar el dentista, creo que dijo, o a la peluquería, yo qué sé, que no recuerdo bien. Fue exagerada mi reacción, quizás, pero ¿qué voy a hacer?, ya lo hice y ahora debo pensar qué hacer. Ojalá fuera asmático y creyeran que actué bajo presión porque no quiso ayudarme en un ataque serio mientras sólo me pedía dinero para ir a la peluquería, pero ni soy asmático ni nada. No sé por qué no me dejó dormir, sabía que estaba trasnochado, que había pasado toda la noche viendo el partido de baseball mientras ella dormía, tranquila y sin angustias. Me había visto haciendo cotufas antes de que el partido empezara, sabía bien que iba a pasar mala noche, era fastidiosa, sí, muy fastidiosa.

Los haitianos de la cárcel son hermanos, no lo sabía pero me lo dijeron, son hermanos de sangre, de muy mala sangre para ser ambos asesinos múltiples. Matan sin piedad y se les ve en la cara, no son como yo, que hicieron algo sin querer, así, sin culpa, sino que todo lo hacen adrede, queriéndolo hacer. Es de perros la vida en la cárcel, horrible, inaguantable. No sé por qué hice lo que hice. ¿Qué iba a saber yo que un fuego artificial iba a matarla? ¿Cómo iba a imaginarme eso? Salió disparada con el *Bin Laden* sin imaginarme que fuera tan estruendoso. La gente pensó que era una bomba, claro, quién va a creer que sólo era un fuego artificial. Si encontrara al tipo que me lo vendió me creerían, quizás pudiera testificar a mi favor diciendo que es verdad que yo los compré y que no eran bombas, bueno, pero es ilegal comprar fuegos artificiales, así que estaría mal ese argumento. No sé qué hacer, cómo lograr que crean que no soy un terrorista, pueden ver mi cara y compararla con la de todos estos locos, uno por uno y ver que parezco buena gente, hasta ingenuo y demasiado crédulo. Deben haber quedado restos del *Bin Laden* en el cuarto, digo, papelitos o algo que muestre que no era una bomba sino un simple cohete, un estúpido fuego artificial. A mí no me hizo nada, eso debe comprobar que no era una bomba porque si lo hubiera sido hubiera muerto junto con ella, creo yo. No sé por qué todo salió así, si yo sólo quería echarle broma. La verdad es que no soporto este encierro ni esta injusticia porque yo no hice nada, es cierto que las cosas salieron mal, pero deberían juzgar la intención, sólo la intención. Hasta al perro le lancé un cohete una noche en que no paraba de ladrar, los vecinos son testigos, quizás puedan ayudarme, pero son unos hipócritas y van a aprovechar que estoy aquí para comprar mi casa, que harto me tenían con la insistencia de que se las vendiera, que ahora no sé cómo funcionará eso si el dueño está preso. Quizás con ese dinero pueda pagar un abogado que me ayude a salir...

Qué patético es todo, quién iba a imaginarse esto. ¡Ah! Pero después de todo es ilegal vender fuegos artificiales. Yo los tenía, es cierto, pero no es culpa mía que los tuviera; de hecho, digo, la culpa es de quien me los vendió, ¿o no?. Quizás éste sea un buen argumento si sé cómo darle la vuelta. La culpa es de los policías que no detuvieron a los vendedores ni requisaron a nadie, no mía, viéndolo bien. ¡Ah!, pase lo que pase ya estoy aquí y estaré aquí por mucho tiempo. Todo está cercado con alambres de púas que nos recuerdan constantemente que somos peligrosos, unos antisociales incapaces de adaptarse al mundo civilizado, la sociedad perfecta donde todos mantienen un equilibrio interno intachable y admirable, donde todos son puntuales y ordenados, controlados y trabajadores. Claro, no han matado nunca a nadie y por eso funcionan, digo yo. Matar no es cualquier cosa, yo lo sé y lo reconozco, pero todos tenemos nuestros arranques y sobre todo accidentes, porque yo no quería matar a nadie, sólo pretendí jugar una broma, una estúpida broma que me costó caro. No sabré cómo interactuar con el mundo cuando salga de aquí porque aquí todos son extraños, no es que yo sea muy normal, lo sé, pero al menos no estoy maquinando sin parar cómo volver a matar sin que me descubran o cómo robar con mayor eficacia y sin necesidad de esconder mi rostro. Aquí nadie ha cambiado, no veo a nadie arrepentido ni dispuesto a cambiar de vida al salir, si es que no están condenados a cadena perpetua, porque éstos sólo

piensan en escapar y en vengarse de los responsables de su captura. La verdad es que no sé para qué existen las cárceles porque la reclusión a que nos someten es temporal e ineficaz. Los malos salen peores y los inocentes que eran buenos salen adiestrados para el mal. Sé que hay ciertas transgresiones que ameritan un castigo mayor porque a mí no me hubiera gustado ver sencillamente perdonado a un individuo que hubiera intentado matarme, pero como el que está aquí ahora soy yo, pues no sé, a uno se le antoja asegurar que no hubiera hecho falta la cárcel para lograr mi cambio. Es que mi caso es distinto, fue un accidente, yo no tengo que cambiar una actitud.

Aquí todo es extraño porque vivo sintiendo que me van a atracar o asesinar, y no es para menos porque las caras de todos y cada uno dan pánico. Tengo que recordarme con frecuencia que estoy en prisión y que a nadie le conviene sumar a su saldo ni un día más, sin contar que no tendrían qué robar porque aquí todos somos pobres y que no tendría ningún sentido matar a no ser por rabia descomulgada o simple envidia. Me pregunto si llegaré a acostumbrarme a convivir con estos rostros hasta el punto de no llegarme a sentir agredido por un maleante en el futuro, allá afuera en la calle, digo, cuando salga. Imagino que recordaré que no estoy más en prisión y que en la calle los malos no tienen límites. Quizás me sienta atacado por los buenos, los encorbatados cuyas caras no he aprendido a discernir y no me son ya tan familiares, que parece mentira que lleve aquí diez años. No sé cuál sea el propósito, pero le hacen a uno difícil ser capaz de integrarse de nuevo a una sociedad desaprisionada, donde todo el mundo es libre y no está sujeto a un horario tan rígido ni a la estricta vigilancia de unos guardias que parecen gorilas, ni constreñido a un cuartico que en mi casa sería el baño, ni sometido a comer lo que haya y a usar siempre un uniforme. Anteayer salió uno que parece haber sido asesino, según dicen, porque nadie nunca lo vio llegar. Era tan viejo que sus contemporáneos brillaban por su ausencia, se habían ido ya o habían muerto. El pobre no quería salir, después de tantos años de espera no quería irse, no sabía adónde ni tenía idea de qué hacer allá afuera, en ese mundo que le era tan extraño como parecerá el nuestro a los de afuera. No sabía hacer otra cosa que lavar ropa de presos y plancharla. No entendía por qué no podían dejarlo aquí, en prisión, hasta que muriera, faltaba tan poco para eso y no molestaría a nadie, pero necesitaban su celda, según dijeron, para unos jóvenes nuevos que llegaban con toda la mala sangre con la que llegó él un día. No hubo manera de convencer a los directores de la prisión porque lo soltaron más que inmediatamente, en medio de una tragicómica paradoja como jamás la había visto. Tantos años esperando la libertad para rechazarla, no quererla y hasta odiarla cuando llega. Pero es que para llegar así, a los ochenta años, cuando no se tienen ni las fuerzas, ni la salud, ni la visión siquiera para cruzar una calle, es mejor que no llegue. Se aprende mucho en prisión, se aprende a valorar cada acto y la libertad que se tuvo, así como el calibre de las decisiones y juicios humanos, que aunque esté uno arrepentido puede uno morir de igual forma si eso fue lo que se decretó. Le sucedió a Pablo, un preso joven que mató a su hermano por cuestión de celos. Lo condenaron a cadena perpetua y al pasar cinco años decidieron llevarlo a la silla eléctrica por considerarlo una amenaza pública. No digo que no lo fuera, que matar no es cualquier cosa, pero cambiar así la condena de pronto, tan arbitrariamente, es como decidir también con arbitrariedad matar a alguien de pronto. Me pareció que con la decisión se nivelaron al crimen de Pablo, sí, sí, estaban a la par, pues con la cadena perpetua bastaba, pero no pareció así a los encargados, quienes lo ejecutaron rápidamente. El pobre hombre tenía un diario desconocido por todos. Lo encontraron cuando limpiaron su celda. Cuentan que el arrepentimiento le llegaba a los tuétanos y que estaba más listo para el cielo que para otra cosa. El cura de prisión celebró una Misa por él y nos contó que ahora que estaba muerto podía decir cosas sobre él sin revelar secretos de su intimidad, y que quería que supiéramos que Dios lo había perdonado hacía mucho tiempo, desde que se había arrepentido, mucho antes de que cambiaran la sentencia. Dios lo había olvidado ya todo, pero los hombres no. Eso nos daba esperanzas, es verdad, pero yo prefería salir antes que morir, al menos eso sentía por



ahora. Quizás desee morir de aquí a diez años, si no he salido aún, porque lo cierto es que uno se acostumbra a todo en esta vida, incluso al refinamiento más atroz. Recibir órdenes a diario cuando uno nunca se ha contrariado en nada a uno mismo empieza a parecer con el tiempo justificado, hasta necesario. Que lo alimenten a uno, que se tenga siempre dónde dormir y esté uno confinado a un espacio limitado donde no hay nada que hacer salvo obedecer resulta a veces hasta cómodo. Por eso los mayores no quieren irse cuando les toca, pues lo sueltan a uno cuando está ya sin fuerzas.

Es cierto que me gustaría dormir indefinidamente, sin límites de tiempo, como lo había hecho siempre hasta ahora. Me gustaría ver televisión sin que eligieran el canal por mí y comer lo que me gusta sin que en cambio me lo impusieran, pero nada es perfecto, ni fuera ni dentro. He pensado en escribir, sí, en ponerme a contar las miles de historias que se cruzan por mi mente mientras camino o como y veo los rostros de los prisioneros. Son vidas inimaginables para muchos y desconocidas por todos porque forman parte de otro mundo, son como la otra cara de una moneda, como lo que muestra una vitrina inaccesible o como el lado oscuro e impenetrable del cerebro. Podría hacerme millonario desvelando secretos y contando maravillas, injusticias y horrores. Podría ir directamente a una editorial cuando me suelten, si es que me sueltan. Quizás pueda mandarlo todo por correo estando aquí adentro y quizás sea eso lo que presione a los directores y catalice mi salida. Quién sabe si eso funcione porque ya no sé si saldré por otros medios. El tiempo se hace eterno aquí adentro y no puedo acostumbrarme a esta situación que me tiene como tullido y robotizado por lo programado. Las noches son cada vez más oscuras y al sol ya ni lo veo, pues si salimos a uno se le olvida que está vivo. Ni hablar de la celda de castigo para los desobedientes de palabra, de obra, de omisión y hasta de mirada, pues si se mira feo lo confinan a uno. Estuve sólo una vez y por un mes, sin ver el sol ni hablar con nadie, escuchando el chillido de las ratas y las risas de algún guardia, comiendo sin saber lo que comía porque no se veía ni el tenedor, que por eso comía con las manos, para poder tocar la comida y evitar así que se me cayera. Sólo miré fijamente la puerta de salida, con intensidad y un sueño en la mente, es verdad, pero sin ningún plan premeditado y sin el menor síntoma de intento real, salvo la ilusión que brillaría en mis ojos. Por eso me mandaron al hoyo, sólo por eso, por desear calladamente lo imposible y lo que nunca intentaría. No tengo cara de asesino, de sangre fría y desquiciado. Mi cara es de bobo más bien, de chico bueno e inocente, lo he dicho ya, así que creo que me mandaron por envidia o por fastidiarme, que hasta el guardia es más tosco que yo y se atrevería a mucho más que yo. Me imaginé muerto en el foso, ¿qué más iba a hacer?, era preferible eso a insistir en mantenerme vivo, contando del uno al mil o repitiendo los días de la semana para no olvidar qué día era. Nada de esto valía la pena porque en cierto modo no era inocente, ya lo había aceptado, y es que sí, claro, había matado a alguien, jugándole una broma, pero la había matado, ¿qué iba a hacer? Si le hubiera dado el dinero para ir a la peluquería no lo habría tenido para comprar fuegos artificiales, no se me habría olvidado tirarlos la noche de Navidad y no los habría tenido en mi mesa de noche la mañana aquélla en que los lancé. Fui un estúpido, sí, un verdadero y gran estúpido. Lo tengo merecido por pichirre, por novelero, porque ni tengo hijos que me hubiesen obligado a comprar los *Bin Laden* ni tampoco nunca los había comprado, que en realidad no se me olvidó tirarlos esa noche sino que lo cierto es que tuve flojera y hasta miedo ya que temía hacerlo mal. Todo me salió mal de igual forma, pues no sólo me hubiera salido más barato darle el dinero a mi esposa, pues los cohetes eran carísimos, sino que nunca hubiera entrado en prisión.

Estoy realmente fastidiado y ya no se me ocurre cómo resolver mi situación. Tendré que aprender a esperar pacientemente a que cumpla la condena, no sé, o intentar huir con el grupo de haitianos, los cuales me dan francamente pánico, no miedo, porque matan hasta pajaritos con una facilidad enorme, así, arbitrariamente, cuando les viene en gana. No están aquí por santos y saben bien que si no huyen no saldrán nunca sino directo al otro mundo, que iba a decir el cielo, pero evidentemente ése no sería su destino porque reiteran y reiteran

que no tienen nada de qué arrepentirse. Imagino qué sucedería si hago el más leve ruido esa noche, si me caigo o me da un ataque de claustrofobia por allá abajo en el túnel que abrieron. Me matarían, lo sé, juro que me matarían porque ellos no piensan perder esta oportunidad y menos con una garrapata como yo, que eso sería ni más ni menos, pues que ni me atrevo a escapar solo ni acompañado. Si se ofrecieran a ayudarme... ¡Ah! ¡Qué ilusión!... Si al menos percibieran mi cobardía y mi inutilidad, que la perciben claro está, pero con desprecio, no con deseos de ayudarme, que aquí nadie ayuda a nadie, pues se imaginarán que por algo estamos aquí, incluso yo, que me considero y soy considerado de hecho como el más estúpido, cobarde y respetuoso de la ley en toda la prisión...

Les dije que sí porque sólo pensaba en mí, un poquito menos que todos los que aquí estamos creo yo, pero a efectos prácticos lo suficiente como para haber llegado, que igual le da a la policía. Si nos tocara juzgarnos a nosotros mismos aseguro que mis compañeros me soltarían, que aquí nadie entiende lo que hago en prisión, pero a la policía no he logrado convencerla, que ni se trata de argumentos, pues con mi cara de bobo bastaría y al parecer ni ha bastado ni bastará. Hechos concretos, sólo eso les preocupa, y yo los tengo en mi contra. Una injusticia, sí, creo yo, porque el hecho concreto es que fue un accidente y eso no lo toma en cuenta, ni lo consideran siquiera salvo como irrelevante. No. No me iré con los haitianos porque tengo la esperanza de que algún juez pensante considere mi caso como particular y especial y me absuelva. Intuyo que de irme moriré, sí, moriría si me voy con ellos porque sé que sufriré un ataque de pánico o claustrofobia y me matarán como una cucaracha para callarme, así de sencillo, que lo presiento, lo sé y lo aseguro. Les diré que no voy, esta misma noche se los diré en el comedor. La verdad es que no sé por qué me invitaron a acompañarles, a mí, el más estúpido, sangre liviana, cobarde y pacífico de todos, realmente me asusta, sí, ahora me intriga. ¿Y si me amenazan con matarme sólo por estar enterado? ¿Y si temieran que mi cara revele todo cuando empiece la búsqueda, que es lo más probable? ¿Y si creyeran que mi negativa a última hora se debe a algún complot con los directores de la prisión? ¿Qué hago coño, que no sé cómo resolver este asunto?

-...¿Qué?...¿a cenar? ¡Ah!... ¡ahora se me queda todo por la mitad! –dijo Lorenzo golpeando el procesador de palabras con furia-...Sí, sí, mamá, ya voy, ¡no grites más!

La autora obtuvo un Master en Gestión Cultural por la Universidad de Barcelona, año 2001. Dicta las materias «Historia del Arte de Venezuela» y «Cultura Visual», adscritas a la Dirección de Cultura de nuestra Casa de Estudio. Se encarga de la programación de Cinefreak en la Galería Carmen Araujo Arte. Dirigió el Departamento de Educación de la Galería de Arte Nacional durante tres años.

Sus obras publicadas: *Rojo* (Editorial ExLibris, 1999), texto divulgativo que acompañó la exposición del mismo nombre en la Galería de Arte Nacional; *Las Ruinas* (Editorial Arte, 2000), primer premio de poesía en la Bial Francisco Lazo Martí; y *Doña Maria und ihre Traüme* (Frederking & Thaler, Alemania, 2006), narrativa sobre la vida de los habitantes de los desiertos larenses.

Además de la palabra escrita y lo visual, le interesan el tejido y los jardines.



## Los Inútiles

El primer hombre se levanta muy temprano y se prepara con todos los verbos habituales para ir al trabajo: toma una taza de café; se ducha y se viste; se cepilla los dientes cuidadosamente (como si acariciara conejos, aunque no venga al caso); sale de su casa silbando. El segundo hombre llega a su taller teórico-práctico en el cual aprende concienzudamente la cronología razonada y todos los protagonistas históricos de las diversas variantes de puertas y su función: detener el paso. En dos meses más obtiene el diploma que lo acredita como técnico superior, con entrenamiento suficiente y certificado para ejercer de puerta, como un profesional justamente retribuido y amparado por el seguro social.

Mientras tanto, el primer hombre que ha cogido algo de tráfico, llega a su trabajo: se detiene debajo de su semáforo y en perfecta sincronía cromática, estira el brazo para detener el tránsito cuando la luz está en rojo; en contados segundos, precisamente cuando pasa a verde, mueve el antebrazo describiendo un círculo entusiasta, que ni Giotto, garantizado para estimular la circulación vehicular. Su medio turno dura hasta las doce y media, hora precisa en que es sustituido por el turno de la tarde, mientras él se retira a descansar.

El tercer hombre, apostado al lado derecho aunque a veces se recuesta un poco por el lado izquierdo, recibe las monedas que le dan, las introduce en la máquina por la ranura adecuada, pregunta qué producto requieren, pulsa el botón correspondiente y entrega la lata al cliente. No se deja amedrentar por las urgencias de los desesperados, atiende a cada uno por estricto orden de aparición, nunca se equivoca entregando a uno la lata del otro. Nunca.

Los tres hombres se encuentran en la misma oficina administrativa el día en que se anuncia una huelga general: por una cuestión de mística profesional ellos no desean suspender sus labores; saben que su trabajo es imprescindible para el buen funcionamiento de la sociedad, advierten de las peligrosas consecuencias de su ausencia, terminan caldeándose, en contra de sus costumbres, y amenazan con emprender sus propias acciones de represalia si no son considerados en su justo valor. Forman una coalición que clama por la desobediencia civil, por el boicot, incitando a los demás trabajadores serios en quienes, como en ellos, reposa la paz de la humanidad sin que se les reconozca su labor rayana en el altruismo, pues

nunca son mercedamente pagados. Se ve que tres, como todo el mundo sabe desde la infancia, prefiguran una humanidad y media.

Cada uno vuelve a su casa encendido en razonable indignación, con ganas de armar más alboroto pero sabiendo muy bien que mañana será otro día y se habrán esfumado los espectros revolucionarios. Al día siguiente, que ni mandado a hacer, el primer hombre amanece con un catarro espantoso, quién sabe si el virus ése o paperas, con toda probabilidad dengue que está dando mucho, y se ve obligado a quedarse en casa. Ese día, evidentemente, caos inenarrable en la ciudad. Las vías principales colapsan, aunque todos los días lo hacen y es complicado medir cuantitativamente el incremento; sólo que esta vez, peor.

Por su parte al segundo hombre le da un pasmo, menor es verdad pero no por eso menos delicado, por estar planchando en día de lluvia, ya se sabe cómo es, se excusa profusamente. De pronto, todas las puertas dejan pasar, hay que ver la anarquía que esto genera, todo el mundo pasa aunque sólo sea por franquear el umbral, y luego pasan de regreso, fin de mundo.

El tercer hombre también sufre un percance *in-sur-mon-table* (el tercer hombre estudió francés en sus ratos de descanso) y debe por fuerza mayor desertar el trabajo ese día, contra su voluntad, por este puñito de cruces. Crisis en la oficina central, la gente ya no sabe meter la moneda en la ranura. No encuentran qué botón apretar, todos están desgastados, las letras invisibles. Equivocan el monto exacto a ser introducido y la máquina se atora, tose un poco, escupe una flema de tísica que espanta a todos los presentes y algunos ausentes para siempre. Se dan casos de clientes desprevenidos quedándose horas hasta que sale la luna, esperando su lata, tratando de convencer a la máquina por las buenas y por las malas, quejándose con quien se le acerque a tiro de piedra y luego con quien pase lejos, gritándole, hasta que finalmente se quedan completamente solos y completamente frustrados, carne de psiquiatra. Cuando el tercer hombre regresa, es recibido con ovaciones, le besan los pies. Se funda una secta política con su nombre.

Entonces se entera de que el segundo hombre ha tenido la misma idea: las implicaciones filosóficas de su trabajo, y hasta poéticas si me apuras, tan pertinentes en los tiempos que corren y se encaraman –abrir, cerrar, límite, prohibición, permiso– han cautivado a una multitud bastante considerable, la cual con gran entusiasmo ha logrado reunir unos cuantos churupos para armar pancartas y comprar silbatos. Y el primero no se ha quedado atrás. Los tres, por razones distintas, serán candidatos contrincantes en la primera ronda electoral.





## Ángeles del desierto\*

### “La historia de los viajeros”

Los visitantes venían de lejos: de la capital, o de más allá del mar, de lugares míticos de los que quizás se había oído hablar. Llegaron sudorosos en una gran camioneta verde, con sus ropas compradas en almacenes modernos, con cámara fotográfica y cuadernos de apuntes, y preguntas que no acababan nunca.

Llegaron a las tierras áridas y encontraron paisajes calcinados por el viento, árboles iluminados, buche y cardón, y una bebida llena de espíritu, que convoca las sombras transparentes del deseo, que no calma la sed pero magnífica y reproduce eventos excepcionales.

Llegaron y conocieron a los habitantes: ángeles recios, con arrugas profundas y preciosos corazones para la sabiduría y la hospitalidad. Y comprobaron que la realidad es más mágica que cualquier literatura, cuando se penetra suavemente en el tiempo del desierto.

Los visitantes somos nosotros, que partimos hace dos años, hace ocho años, hace veinte años, hacia un proyecto desconocido que terminó redirigiéndose a sí mismo y dándonos a luz. Nosotros somos los visitantes agradecidos, los que cruzamos crepúsculos y soledades acompañadas, los que traemos la memoria marcada por destellos y la cadencia musical de las palabras y las historias.

### “Los sueños de Doña Ruperta”

Ruperta Rodríguez (Guadalupe, Quíbor)

Hay un momento en que la extensión de cujíes se convierte en sombras negras que agitan sus ramas horizontalmente en el viento. Sobre las montañas allá a lo lejos, el borde del cielo aún está iluminado de naranja y oro, y el lucero del atardecer brilla encima del cují más grande. Es el momento en que, a veces, se ven fuegos fatuos bailando en la lejanía, y dicen en el

---

\*/ Extractos de *Doña María und ihre Traüme* (Frederking & Thaler, Alemania, 2006)



pueblo que son las ánimas en pena de los difuntos, que vuelven a visitar este mundo: los llaman los forasteros.

Frente al cují más alto, frente al desierto que se apaga, está el ranchito minúsculo de Doña Ruperta, escondido tras un cují que desparrama hacia los lados sus ramas extendidas sobre once horquetas. Una sola habitación sin ventanas, con un corredor por delante que mira hacia el barranco, hacia el desierto; y pegada a un lado, su cocina de puro jacho. En el corredor, bajo el techo de cinc, hay un largo tronco contra la pared, asentado sobre dos horquetas, bueno para descansar y para perderse la mirada en la lejanía. Sobre esa misma pared, al lado de la puerta, se lee, escrito sobre la costra reseca y agrietada del barro: El Reventón.

Entre la casa y el desierto hay una corta explanada de tierra dura, un patio pelado bordeado de tunas y cactus. Este cardoncito de allí, a la izquierda, lo sembró ella, y ya está más alto que yo. Alrededor del cardón hay una alfombra de un cacto rastrero, con un montón de capullos en forma de globitos cónicos, de color blanco cremoso, la punta erguida. Cuando se abren, son estrellas de cinco puntas alargadas, cuyo centro rojizo atrae a las moscas polinizadoras con su olor a carne podrida.

Justo delante de la puerta está sentada ella, como cada día, en su sillita torcida, con las manos en el regazo, los dedos entrelazados, oyendo el viento que sopla, incesante, insistente, a veces con más fuerza, de pronto amainando un poco, volviendo luego con más violencia. Sobre esta loma vive solita: aquí levanta su saquito de huesos del catre minúsculo y en la cocina se prepara su arepa y su café. Sola. No tiene animales, sólo tuvo una gata que se murió de vieja. Sola busca y corta los palos para el fogón y lava sus trapitos. Cada día viene alguna nieta, pasa entre los dos árboles de vera majestuosos, cargados de más de doscientos años, todos cubiertos de tiña; sube la lomita, pasa el yabo y el cují con sus once horquetas, viene y le deja una cantimplora de agua, y a veces se queda a hacerle compañía. Del resto doña Ruperta está sola, y se queda todo el día aquí, sin salir más que para ir al médico alguna vez.

Antes, cuando el día estaba clarito, estuvo caminando por allí mismo, buscando leña; y cuando le corrió prisa para atender una necesidad del cuerpo se escondió bien escondida, no fuera a ser que le vieran sus vergüenzas, porque ella porfía que la miran. Será que se levanta del campo de cebollas alguna sombra y se sacude la tierra y los trozos de cerámica antigua y olicores, sorprendida de que del cementerio indígena no queden más que migajas de los collares de piedras verdes, confundidas con la tierra reseca y dura.

El viento sopla, incesante, lo limpia todo, lo pela todo, no deja ni un hilito de trapo. De pronto un trozo de rama, con hojas sorprendentemente verdes, pasa rodando por el suelo. Un pajarito chiquitico llega y se para en una de las ramas más altas del cují. Las montañas se van fundiendo con la oscuridad.

Doña Ruperta recoge su mirada del desierto y se levanta trabajosamente de la silla en la que ha estado sentada toda la tarde, mirando en la distancia, mirando lejos, lejos. La silla se queda haciendo guardia delante de la casa, bien amarrada a uno de los troncos que sostienen el corredor, para no derrumbarse completamente de lado. Doña Ruperta se alisa el vestido con las manos nudosas, deformadas por la artritis y reseca. Sus alpargatas se arrastran hasta la puerta de la cocina: un paso, dos, tres, cuatro.

Se está varios minutos concentrada, desatando con las manos lentas el complicado orden de nuditos con que cierra la puerta cada vez. Por fin logra soltar los variados cabos de mecate, y abre hacia fuera, poco a poco, la puerta de tablas de cardón. Se va yendo hacia el fogón, se apoya en la empalizada que ya cede al peso de la ceniza y las brasas viejas de años y años. Sirve un pocillo de café, con mano temblorosa, y entierra bien la brasa bajo la ceniza, con mucho cuidado, para poder descubrirla por la mañana, porque prefiere no usar fósforos. Sale sorteando el montón de botellas de plástico vacías que se acumulan en una esquina, se apoya un momento en la piedra de machucar el aliño que se sostiene sobre una horqueta, suelta un suspiro mínimo, como un aleteo, y empuja la puerta. Ahí pasa otros diez minutos

volviendo a amarrar los varios trozos de cabuyas y cordoncitos deshilachados, para que quede la puerta bien cerrada. Poco a poco.

Un paso, dos, tres, cuatro, y entra a la casa. Adentro, enciende una vela que pone en el suelo. La llama tambaleante forma un halo de luz cálida que excava más profundamente las arrugas de su rostro: su cabeza parece estar tallada en madera. Su voz también tiene una cualidad vegetal, o quizás más bien terrosa. Las palabras ruedan lentas, pastosas, como rotas, como si vinieran de muy lejos. Hace pausas largas, de pronto desleída en sus recuerdos. Las frases se entremezclan con un orden peculiar, siguiendo los movimientos de marea de su memoria. Habla de sus dolores, de un pasado viejo de cien años, de sus pérdidas.

*Ay Dios, hija. Cuando uno no tiene mamá ni taita y ni hijos a quien esperar, ¿cómo será ese pensamiento? Estoy pensando en distintas cosas. Y llorando, y rezando. Cuando no estoy llorando, estoy rezando. Uno tiene mucho, muchas cosas que pensar, después que se me murieron todos, en montón, que se me murieron cuatro solamente en una noche. Eso es una cosa grande.*

Cada noche que no puede dormir, se queda no más esperando que se la lleven también, pidiéndole a Dios que se la lleve, ¿será que Dios no quiere llevársela? Recita de un tirón los nombres de sus hijos, como si desgranara las cuentas de un rosario. Todos se le han muerto.

*No me casé, no me quise casar, porque después de vieja, Pablo quería casarse, pero yo ya no me quise casar. Tuve cuatro hijos, y un aborto. Se llaman: José Nicomedes, María Narcisa, María Rosán y María Guillermina Ramón, que era la que me quedaba ella; y yo vivía con ellos, pero esos se me murieron chiquitos.*

Respira quedo. Se le va la mirada de los ojos chiquiticos, oscuros como semillas de papaya. Se pierde en su desierto personal, poblado de ausencias. El hilo de su tiempo es quebradizo, se fractura y se recompone desordenadamente. Alguna vez se ríe un poquito, y las arrugas se le amuñan y los ojitos se le esconden en las cuencas profundas, como cuando cuenta que Heriberto, uno de sus tataranietos, (que estaba como... más chiquito que ahora), dormía en su cama y se caía dormido al suelo: no estaba acostumbrado a dormir en cama.

*Yo me gustaba mucho tener mucho coroto, pero ahorita... ahorita no tengo, ni puedo trabajar, ni tengo taita ni mamá ni hijos ni ná. Puro nieto y bisnieto. Y tataranieto. Aquí de Guillermita nomás tengo... este... como que son diecinueve tataranietos. Y diez bisnietos. Eso es como medio mundo. Hasta Baltasar tengo quince tataranietos. Y por ahí tengo más muchos. En Acárigua tengo como... como... seis. En Quíbor tengo una parte. Dondequiera tengo familia. Esos que están allá ahorita vienen, por ahí me traen comida, leche, me traen galletas, y me dan plata también. La familia me dan, pero están muy lejos.*

Un último rastro de luz llega de lejos, parece acariciar el suelo de tierra apisonada. Las paredes de barro están tan agrietadas como el rostro de Ruperta; a medida que las sombras se hacen más densas, carne y tierra parecen confundirse entre sí. Toma un sorbo de café colado y se queda otra vez callada, como esperando que las palabras la alcancen. A la luz de la llama se notan los cientos de remiendos de su vestido, remiendos que a su vez han sido remendados varias veces. Los botones son minúsculas perlas de plástico. La tela, estampada con pequeños corazones rosa, está tan gastada y transparente como su voz. Con la mano grande y nudosa se saca el pañuelo que le cubre la cabeza: su cabello fino y blanco está recogido sobre las orejas en dos apretados moñitos. A pesar de sus años que son casi cientos, parece una niña pequeña y frágil. Se toca la cabeza, desconcertada por las protuberancias que la edad le ha sembrado allí. *Mira cómo tengo la cabeza.... Yo no era así... La cabeza mía era sin un poporito por ninguna parte. Y no era fea yo.*

Inclina hacia adelante el cuerpo encogido, armado con los puros huesos; remueve sólo un poco, con cuidado, las extremidades delgadísimas, hinchadas en las coyunturas como nudos de árbol, la espalda encorvada intenta encontrar un acomodo en la postura. Lanza sobre la tierra un escupitajo de chimó, con una violencia que sobresalta a las sombras. Escupe hacia cualquier lado, sin importar dónde caiga, y recoge el aliento para proseguir sin una

pausa. Su voz finita transcurre como un río interminable, entre los dientes renegridos y gastados por la pasta de tabaco.

*Yo antes trabajaba tejiendo cogollos y haciendo sombreros, sacando vena de las cañas, y después me jui p'abajo a coger algodón, caraota, a doblar maíz, a sembrar maíz.*

*Y el agua la cargaba de la quebrada en una tinaja, todos los días. Esa era una corriente de toda la vida. Después que vinieron los musiús que vinieron a hacer el agua, uno puede agarrar el agua sin ir a la corriente. ¿Tú no la conociste? Esa era una corriente de agua que uno no pasaba calor, porque cuando tenía calor se bañaba en aquel agua.*

*Cuando yo trabajaba, si era algodón, pagaban la arroba a veces a tres reales, a veces a dos bolívares, a veces a tres bolívares; y si era una aljaba de maíz, por dos bolívitass.*

*De antes ganaba un hombre era un bolívar, trabajando de sol a sol, y mantenía a la familia. Que era barato. Y ahorita, ¿qué va a hacer uno con un bolívar? ¿Ni qué va a hacer uno con diez bolívares? Eso es que era bueno antes. Ni puedes comprar sal, porque la sal vale doscientos. Ni puedes comprar queso. Uno antes se iba a la pulpería y te daban por una locha de queso, un pedazo así de grande! En cambio ahorita. Yo antes me compraba una locha de dulce para hacer café, y hacía café dos veces, tranquilamente. Y eso no vuelve a venir más. Y compraba un papelón por tres lochas. Era todo barato. Pero ahora... ahorita no se acostumbra uno. La plata de ahora no vale, ¡y se acaba la plata! ¡Puro papel! A yo me trajeron, un día, vuelto: cien bolívares, y yo les dije: yo no quiero esa vaina! Yo no comprende eso, qué voy a saber yo qué es eso. Ni sabe uno leer. Yo sabía leer en libros, pero ahorita no.*

En la penumbra se adivinan las cañas amarradas entre sí con fibra de cocuy, porque en aquel entonces no tenían alambre; entre los palos horizontales, la masa de barro y paja se ha solidificado formando paredes desnudas, sin encalar siquiera. Sólo por fuera el bahareque está pintado con una capa de barro, ya descascarado. Arquitectura sabia de pueblo: la paja y el barro son buenos aislantes para el calor. Cuando se puede, se pintan las paredes con cal, y eso mantiene alejados a los bichos. Porque las cañas que dejan la noche afuera sirven también para albergar infinitos nidos de comején, tuqueques, cucarachas y escolopendras.

El calor se disipa y el frío nocturno busca una rendija para colarse. La lámina de cinc que nos separa del cielo temblequea zarandeada por el viento, el mismo viento que ahí afuera sigue arrancado, mordisco a mordisco, el barro de la pared que se le enfrenta, dejando al desnudo el esqueleto de caña y cardones. Ya no es tiempo de salir. Afueran se quedan el desierto y sus desconocidos merodeadores; tal vez alguno se acerque a la cocina en la que Ruperta prepara el café y las arepas cada mañana, queriendo inútilmente acurrucarse en los rescoldos tibios del fogón de leña.

*Esta casa ha de tener más de cuarenta años. Y esta casa era de jacho, pero los jachos no servían para nada, porque eran casi puros jachos de guama y se pudrieron. Yo aquí he vivido solita toda la vida. Ahorita que me echa mucha vaina la gente, vienen y me llaman, y me hacen ruidos. Y no duermo de noche, tengo mucho tiempo que yo no duermo de noche. Ahorita estoy embromà. Me paré ahora con mucho miedo, que no me atrevo a salir pa'allí, y entonces me senté en la silla, y no me pude estar sentada, es que yo tengo quebrado todo. Estoy manca por dondequiera. El doctor dijo que si me volvía a caer, que era la última vez. Pero los pobres son muy duros.*

*Y escucho muy recio, Ave María, escucho un ventarrón, María Santísima, y escucho una muchacha con una gritería, todas las noches. Me tapo las orejas, pero siempre escucho. Y yo me digo, ahí va un forastero.*

El tiempo está detenido en casa de doña Ruperta, presencias fantasmales parecen aguardar en las esquinas que se han quedado oscuras, tan fieles y resignadas como un perro flaco. Nada sucede, y sin embargo todo está tan lleno de sentido: el palo que le sirve de bastón para espantar a las bestias, igual de seco que sus brazos, apoyado sobre la pared; el trozo de queso de cabra sobre el platito de barro; el clavo con su bolsita de plástico colgada, haciendo las veces de despensa y de nevera; el catre pequeño, de niño, en el que Ruperta se echa

cada noche a no poder dormir; incluso las grietas en la tierra de las paredes parecen querer decirnos algo que no alcanzamos a comprender. La casa respira con la respiración pausada y profunda de un durmiente; quizás esté soñando por doña Ruperta, soñando los sueños que ella ha olvidado.

El viento del desierto se queda afuera, silbando escandalosamente entre los cardones. Pronto saldrán las aves nocturnas a cazar y oiremos su grito triste.

### **“Lo que saben las piedras”**

Diego Crespo (Sicué)

El hombre camina con cuidado por la extensión interminable de cantos rodados que parecen grandes huevos irregulares. Sabe que este lecho pedregoso fue alguna vez lamido por el agua: las rocas llegaron a la redondez dando vueltas en la boca del río como si fueran caramelos. El hombre avanza por la quebrada seca trastabillando sobre los bultos redondeados, con alpargatas experimentadas y su sombrero para protegerlo del cielo. Con todo, el sol se le derrite encima y hace vibrar las piedras.

Diego recuerda: hace unos meses todavía quedaban pozas de agua fresca y ligeramente verdosa, un silencio poblado de pececillos. Su bastón toquetea, entre precavido y familiar, como el hocico de un perro; las alpargatas reconocen las curvas ásperas.

Sus ojos conocen las piedras y las acarician desde hace años. Cuando salía con el geólogo musiú, volvía con una maleta llena de piedras, cada día. ¡No iba a estar cansado! Pero ahora no lleva en las manos más que el bastón para alejar la reverberación del mediodía sobre el paisaje entero.

Su rostro no tiene expresión alguna cuando se agacha a recoger la primera: podría ser una máscara de arcilla endurecida, o un palo en el que un machetazo hubiese abierto un tajo para callar. Los dedos acarician la rugosidad convexa, aprecian las vetas minerales, sonríen brevemente a una semejanza o a un atisbo de dibujo. La mano sopesa la piedra, pacta con su dureza agradecida y la lleva al nido del bolsillo. Diego retoma su andar, encuentra otra y otra. Las hay grandes, de rojo encendido, con ornamentos amarillos como brocados; las hay pesadas y prehistóricas como huevos craquelados; las hay simplemente hermosas en su sencillez. Las redonditas son perfectas para la tira-tira: a los setenta años no le tiembla el pulso para acertarle a las culebras, y no puede evitar que se le encrespe una esquina de sonrisa, de puro orgullo, cuando recuerda cómo el disparo les llega limpiamente a la cabeza.

Con los bolsillos retumbantes de botín vuelve a cruzar la quebrada silenciosa, vuelve a la casa adonde ya no está María. Su figura derechísima atraviesa el corredor de suelo de cemento pulido y largas paredes vacías, del mismo color de arcilla de su piel. Arriba, unas telarañas muy finas ondean en la brisa, como velos rasgados. ¿Cuántos años tendrá ya esta casa? Las paredes más antiguas las hizo mezclando el barro con lana de ovejo, para darles más solidez. Eso debe haber sido en 1957, el mismo año que estuvo trabajando con el geólogo, registrando en busca de petróleo. Eso fue antes: María todavía estaba en casa y los hijos iban retoñando uno tras otro, hasta llegar a trece.

Diego se mete las manos en los bolsillos y va sacando sus hallazgos en orden. Unas piedras van a dar a la oscuridad de su pieza pequeña y desnuda, otras, sobre todo si están adornadas de un agujero, son ensartadas y colgadas de las ramas, o dejadas entre las estacas de las cercas, como esperando una mirada que las despierte. Por ejemplo ésa, que tanto le gusta y que tan pocos ven, colgada justo encima del umbral: una piedrita alargada, con un estrechamiento en medio, como un ocho acostado.

Nunca habla de las piedras que va dejando por aquí y por allá, acurrucadas en lugares inesperados, insertadas en la salvaje naturaleza domesticada como secretos para sí mismo o

para quien los descubra o para las mismas piedras. Quizás es algo que no puede explicarse. Él se fija y las encuentra, y el que no, no. Como un juego.

No todas son recogidas por él: sus hijos han heredado la afición sin una palabra, con un entendimiento secreto, un guiño que se hace de uno a otro sin decir nada. Segundo y Cruz y Andrés Ernesto, que le salió pintor... ¿De dónde le habrá salido éste pintor? Será como Macario Colombo, que también es familiar, el artesano que pinta paisajes en Carora. Pero Andrés Ernesto ya no pinta, sólo queda un cuadrito suyo colgado a la entrada de su habitación. Lástima. Tenía buena mano el muchacho.

Los hijos tienen su propia colección de piedras y curiosidades. Cruz dice que a veces se les queda mirando, buscándoles formas... Sobre las paredes puede verse alguna: la que tiene forma de corazón, colgada de un alambre; una que lleva una letra dibujada por vetas blancas, y otra que tiene una marca que parece un rostro con boina, en el reborde de una pared, bajo los jicos de las hamacas. Las demás están guardadas en un pote de vidrio o en una cajita o en una bolsa de plástico: una piedra muy pequeña con un dibujo de rombos concéntricos cuya textura se revela al dedo. Otra blanca, como un busto, en la que se han encontrado formas vagamente femeninas, que se resaltan a lápiz. Así al menos hay una mujer en casa.

¿Cuántos años son ya? Setenta y ocho años cumplidos tiene, va para setenta y nueve. Su mamá duró ciento diecisiete. Antes duraba la gente, porque toda la comida era natural, sin química. Leche, yuca, sin veneno y sin abono... *Ahora a toda la comida le echan veneno pá que crezca, pá que no le caiga plaga; y es venenoso. ¿Y el sol? El sol es más bravo ahora que antes, porque antes había más atmósfera.* Antes cuando él era muchacho por esta época llovía.

Mientras se lava para cambiarse, Diego le pasa la mano a los recuerdos, sin querer: para hacer jabón de tierra se usa graso de chivo o de res mezclado con lejía de ceniza de yabo; se quema pero en menguante, eso en creciente no sirve. Eso sí, con agua dulce. Se acuerda: lo aprendió de María. El hombre pasa los brazos por las mangas de la camisa blanca, se abotona con precisión, severo el rostro, serenos los ojos. Los ojos que eran capaces de una chispa de humor cuando hacía sus comentarios mordaces pero inofensivos, con una mueca que era una sonrisa en los labios finos como un tajo de machete: *Cuando uno se mete en camisa de once varas hay que saberla medir, que en veces falta trapo pá la camisa.* María se deshacía en sonrisas para agasajar a los invitados, como una paraulata, y los hijos callaban desde el patio, con respeto y plenitud de familia colmada.

En una esquina, desde el rectángulo que se abre hacia la cocina de paredes teñidas, la luz entra de lleno. Todo está muy limpio y muy solo, las paredes vestidas sólo con su color de barro, el cemento reluciente. Diego coge su sombrero de ala ancha y se apoya en su garrote bueno, el de palo de vera. Orgulloso el porte, impassible el rostro, como si una herida interior hubiera dejado templada la fachada, a salvo de peores desastres: pulcramente vestido de domingo, sale como cada tarde, para visitar a su mujer.

No mira hacia la cocina de paredes teñidas: Cruz no está y el fogón está apagado. Atrás se desperdigan las latas vacías: de sardinas sobre todo, alguna de atún, dos de chimó; siempre pueden servir para alguna cosa. Cruz es el onceavo, el que lo llama "vale Crespo". Tiene mirada de agua clara, ojos mansos y profundos que no se parecen a los del padre. Lo atiende y se encarga de preparar las comidas. Nunca se ha querido ir de aquí, porque uno tiene que ver por los viejos hasta el final. Lo sabe bien el hijo: *«Uno sin mujer es nada, está más atrancao: no surge, porque en vez de irse a trabajar tiene que quedarse atendiendo».*

Tampoco mira Diego hacia la amplitud del patio cercado, donde se han quedado tantas cosas por hacer. Entre dos arbolitos protegidos por su propio cuadrado de cerca, filas y filas de tejas se amontonan disciplinadamente, esperando por una reparación que nunca se hará, criando desde hace años líquenes y musgos. En el cobertizo de más allá se acumula una enorme variedad de repuestos, toda clase de palitos, piezas de maquinaria oxidada y objetos

varios sin fin preciso. La tierra apisonada, las tejas, la empalizada, los corotos oxidados: todo está uniformado en una armonía de marrones.

Al fondo está el taller techado con tablas y palos, donde todavía hace las escobillas de cocuiza y los barrilitos buenos para añejar el cocuy. ¿Cuándo fue que comenzó a trabajar la madera? Eso fue por 1954, en antes hacía mesas y sillas. *Los artesanos tenemos que vivir donde no hay ruido, porque se nos echa a perder la memoria.* Sobre la mesa de trabajo, hecha con una buena tabla de madera usada, hay un montoncito de piedras redondas: las que sirven para el tira-tira. En el techo, metidos entre las rendijas de los palos, están escondidos trozos de manguera con tapones por ambos lados, y allí se guardan algunos clavos largos, antiguos y oxidados. Diego no mira: ya sabe que todo está en su sitio.

Empuja la puerta de la empalizada y sale al exterior, sin fijarse apenas en el arbolito medio seco, no más un par de ramas: una sostiene un trozo de bejuco ondulado, y de la otra cuelga una cinta de trapo que ensarta por el agujero una piedra redonda.

Se dirige al caserío Caritá, pasando la iglesia donde una vez llegó un cura italiano joven-cito, que al final fue admitido por su congregación, ¿en qué año sería que pasó aquello? Y luego llegó el obispo avisando que el párroco se cambiaría y Diego recogió firmas por todo el pueblo para que se quedara.

Enfrente de la capilla está la plaza Serapio de Jesús Crespo, otro familiar, toda cercada y vacía como siempre, y allí un chivito huérfano que dejaron encerrado bala tristemente, demasiado agotado para moverse, demasiado triste para seguir llorando.

Las alpargatas han llevado a Diego de su casa a la casa de su hija, donde María lo espera, como cada tarde, con su batica de flores y sus trencitas grises, en vilo el corazón, palmoreando desde que por fin le ve la silueta erguida y pausada. Diego se acerca y le toma una mano suave y enjuta, y María besa la suya seca y nudosa, cerrados los ojos llorosos, feliz de verlo de nuevo: *¡Ay ay ay, ayayayay, aaay!*

Su María. Hay que ver lo alegre que era, y cómo se desvivía por atender a los visitantes, cuando estaba buena, y la vida que había en casa... Ahora le queda una sola voz para todo, asombro, queja, júbilo y desesperanza. *Aaaay, ayayay, aaay, aaaaay.* Desprovista de palabras, la profundidad de lo sentido se le sale por el anhelo de los ojos, por la risa blanda y por la desesperación con que se aferra a su mano. Hace ocho años que le pegó el ataque que se le dejó así, sin excusas, sin explicaciones: ocho años de esperar a Diego en su silla de ruedas, rodeada de hijos y nietos solícitos, para cada tarde recuperar la vida con su visita. *Aaaayayayayay, ayaay ayay.*

María impresionable como una niña, sin más remedio ya que la dulzura, contenta en presente, olvidada, en cuanto lo tiene cerca, la preocupación de los días en que Diego estuvo hospitalizado y no pudo ir a verla, y María se entristecía sin entender, silenciosa y marchita: *¡Ayayayayay, aaaay, ayayay!*

Diego se está a su lado sin una queja, sin una mención a estos ocho años desvalidos, derecho como un palo, serísimo, las facciones terrosas. Con la última dolencia algo se le ha roto dentro, se le ha amansado la chispa mordaz, se le ha resquebrajado la invulnerabilidad de piedra.

– *Nos vemos mañana, si Dios quiere*–, se despide la hija que cuida de María.

– *Si Dios quiere y estamos alentos*–, contesta Diego.



## Manual de Aproximación (extractos)

### IV

Mirar el pájaro que cae y ser el pájaro que cae, con las alas extendidas, a la superficie del agua que me llama, oír el chasquido del encuentro, refrescarnos y veloces remontar en par-do vuelo plumoso y ligero, con un trino agudo ser-estar en el aire, sacudirse las alas para mirar en todas direcciones y luego repetir.

El ave y yo, en el jardín de pronto isla y soledad, vértigo y júbilo en el aire.

### V

Cerrar los ojos al desasosiego del tordo y de la paraulata. Dejar que desaparezca el rumor del tráfico, el hollín de millones de años, este cuerpo leve, tan poca cosa, esta maraña por el que transito. Volar entonces, mientras los fluidos siguen circulando, con persistencia conmovedora.

### VI

Oír el ruido marino que tienen las hojas cuando desde los árboles se agitan furiosamente buscando atrapar el viento; sumergirse en el oleaje inasible y dejar que el azul puro de la tarde que vira descienda, hasta incorporarse a esta masa líquida que soy: mar al mar.

### VIII

Dejar que se hunda el cráneo en la dulzura de la almohada y el tesoro que guarda, en aéreo abrazo: los perfumes que llevas, inconsciente por el día, y que del día traes. El sudor leve que viene del sueño y de los sueños. Un suspiro escapado. Tu próxima mentira y el candor que la redime.

### XII

Entrar en cuerpo. Tomar posesión de esta forma y lo que alcanza, apoderarme de este volumen y este peso. Sentir el desplazamiento de las fuerzas cuando el cuerpo alcanza lejos, cuando avanza, gira o se agita, en cada movimiento banal, magnífico. (Merced a este prodigio se desliza por el mundo en el aire que lo envuelve, burbuja en perpetua mutación.)

Respiro dentro de mi piel, adentro de mis huesos, siento las arterias retumbar, oigo los nervios hacer su trabajo.

### XV

Dejar que el sol se acerque a la piel que se yergue en la espera: la franja de calor ilumina sólo una zona y la despierta. Dejar que el sol me lama la cara como un perro amarillo y que la piel se tienda y se estire, aguardando.

### XX

Ya sé reconocer los signos. Desentraño los dibujos de las telarañas, leo los ángulos de las ramas, encuentro en el itinerario de las aves los caminos que llevan al centro del mundo.

Así ando en tránsito de un asombro a otro, sobre las líneas que entretejen albuces; me dejo arrastrar por los torrentes fluviales y voy con la certeza alegre de que los meandros llevarán al delta y a la mar, conjugación, encuentro y solución.





## Vocales y telegráficos

### LEYENDA ALTERNATIVA.

Arsénico espolvoreó Isolda: occiso único.

Para acabar con tanto sufrir, Isolda disuelve en la copa destinada al rey Marco algo de veneno y se acaba el rollo.



### MUNDOS PARALELOS.

Arcángel entonces inauguró otra Utopía.

El arcángel caído funda otro universo paralelo, en el que hace de "Dios" él mismo.



### ESTRATEGIA DE LA MOSQUITA MUERTA.

Astuta, espera: inocente, observa unicornios.

Se hace la discreta, se hace la tontita, y así atrapa a los esquivos.



### MODELO DE INGENIO.

Adán, espabila: intenta opacar Ulises.

Algún modelo de comportamiento que se sugiere al padre de la humanidad, sin juicios sobre su validez.



### MONA VESTIDA.

Ansiosamente empeñada, inventando organdí ufano.

Seda y lo que quieras, mona se queda.

### CONSEJO DE ATENEA.

Asesínala evitando incómodo ocular ultimátum.

Consejo que se da a Perseo, al partir hacia su gran empresa contra la Medusa.



### PREMONICIÓN EN NAXOS.

Ariadna especula intentando obtener uvas.

Finalmente, ¿Dionisio urdió toda esta trama, o simplemente pasaba por ahí?



### SÁTIRO MILITAR.

Ávidamente estrechaba incautas, obsceno uniformado.

Otro mal uso del poder, la fiesta del chivo.



### EL DICTADORCILLO.

Antes emuló intuitivamente, orita ultraja.

Así funcionan, pequeñas personas que creen ser grandes porque “pueden”: pueden hacer lo que les da la gana.

### OSCAR WILDE.

Artista espléndido inspira opúsculos utilísimos.

Para algunas cosas casi habría que seguir al pie de la letra sus máximas.



Inventarse reglas estrictas para escribir limita posibilidades pero al mismo tiempo provee de una estructura y aumenta la diversión: un reto en juego que tiene que ver con Raymond Roussel y sus Impresiones de África; Raymond Quenard y sus ejercicios de estilo; el surrealismo, el Oulipo, Boris Vian y el Colegio de Patafísica. En este caso, el cuento entero debe estar contenido en sólo cinco palabras, cuyas iniciales corresponden a las vocales, en orden. El título ayuda a completar la idea, y redundamos con una frase adicional.

Profesor, investigador y escritor caraqueño. Licenciado en Letras de la Universidad Central de Venezuela (1984) y Magister en Literatura Latinoamericana Contemporánea de la Universidad Simón Bolívar (1990). Profesor de la Universidad Metropolitana desde 1991, ha dictado las cátedras «Pensamiento Occidental», «Lenguaje y Universalidad», «Lengua Española», «Literatura de Vanguardia» y «Literatura y mitología clásica». Desde 1999 se desempeña como profesor de las materias: «Redacción II», «Edición y Estilo Especializado» y «Comunicación y Análisis Político Comunitario» en la Universidad Santa María.

Desde julio de 2004 hasta noviembre de 2006 fue articulista del vespertino El Mundo.

Su obra literaria le ha merecido los premios: Municipal de Teatro Infantil (1996) con su obra Aventura de Zorros; y 2do Lugar en el IX Concurso de Cuentos Lola Fuenmayor con su relato "El paseo" (1989).

Se ha destacado como cuentista, poeta y ensayista. Entre sus publicaciones encontramos el libro de cuentos: Sinfonía alocada de los sueños (2000); los poemarios: Mirando entre las cosas (1996), Restos de rareza (2005) y Mediterráneo y Caribe (2010); y los ensayos: Homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz (1995); y "Uslar Pietri: Lengua y poesía" (A los amigos invisibles, 2006, obra colectiva compilada por la profesora Laura Febres).

Como profesor de nuestra Casa de Estudio obtuvo el Premio a la Investigación y Creación Intelectual, periodo académico 2005-2006.



## Impresiones

Observo una calle

aun cuando conocida  
resulta extraña.

Está desierta

y llueve,

llueve.

Un pájaro negro pasó.

De un alto tejado

cae una hoja.

Una gruesa gota de agua

se abre en un filo,

hay un lirio botando pétalos.

El deseo diluye en sueños

y llueve,

llueve.

Por lo bajo que están las nubes

a ratos tengo la impresión

de que podría alcanzarlas.

Pero un salto no bastaría.



## Planes

Tantos planes, tontos planes

a diario buscando anular

el miedo a las garras del tiempo,

a la insustancialidad del tedio.

Hombres, mujeres y niños

dormimos atados a un plan,

anidamos en el exterior de un plan,

soñamos sueños dentro de planes

y al final terminamos siendo

apenas un plan de otros planes.



### Pensamientos ociosos

Hojas caídas, secas,  
arrastradas por el viento,  
crujiendo bajo los pies  
o dejadas al albedrío  
de ráfagas remolinando.  
Hombres y mujeres extraviados,  
bloqueados sus caminos por un río,  
por piedras babosas y babas,  
el límite que nunca se alcanza,  
palabras inconexas, sin eco,  
chillidos de pájaros ocultos,  
el grito de quien a la larga sucumbe,  
la frustración cayendo en cascadas de vida,  
la voz sostenida, insistente,  
de quien me saca del trance  
al repetir dulcemente mi nombre  
para que vaya a comer.



### Caracas again

Ciertamente estás muy triste.  
¿Nadie ha vuelto a florear?  
Si estuvieras en edad de merecer  
¿quién querría desposarse contigo?  
Pocos viajan a mirarte los ojos  
o te miran de reojo y huyen, huyen  
sin oír los latidos de tu corazón.  
No desean enloacarse en tus calles  
ni en autos desplazarse serpenteando  
por tus fétidos y pulposos tentáculos  
porque temen un baño de sangre.



### Río de dulce nombre

Tus oscuras aguas transitan caminos inversos  
culebreando rítmicamente a través de Caracas.  
Ni un vaporcito pegado a tus bandas,  
no hay botes rompiendo tus olas,  
ningún cisne ilustra tus playas  
sucio y triste río Guaire  
de malquerida travesía.

Te miro esperanzado desde arriba,  
desde uno de tus contados cruces  
y no asoman sino efluvios  
sucio y triste Guaire,  
río de dulce nombre.





### Puertas de laberinto

Esta ciudad fijó sus puertas de laberinto.

Lo digo porque sé que aún respiras en ella  
y desde hace tiempo (no importa cuánto)  
ni por asomo he vuelto a ver tus ojos.



### Calles de desazón y arritmia

Sin afán de búsqueda ilusoria,  
sin pretender forzar el destino  
camino a veces sin rumbo fijo.

Perdido voy entre transeúntes  
por calles de desazón y arritmia.



### Queja urbana

Hay ciudades que están podridas,  
sucias ciudades que deberían  
abrir sus cárceles nauseabundas  
y dejar salir a los prisioneros.

La mortandad

adentro y afuera  
resulta igual en los réditos.

¡Dónde habita la transparencia,  
la luz que tanto anuncian veremos!

Mejor será hilar visiones propias  
con su natural evanescencia.



### Olvídate del tiempo

Camina cuanta calle abierta  
te presenten las horas.  
No pases el día sentado  
viendo los carros pasar.  
Olvídate del sujeto  
que incrustó a mansalva  
balas en una cabezota.  
Olvídate incluso del tiempo,  
que hace añicos al pasado  
sin dar abrigo a la esperanza.  
Lo de él, en realidad,  
es presente continuo.



### Mañana, tarde o noche

Cuando sonrías diciendo adiós  
y luego queda tu cabello a mi vista  
y tu espalda antes de tú toda desaparecer  
el instante ya es triste, desolador,  
sea mañana, tarde o noche.

Odio la ley de las probabilidades  
porque confirman la muerte de todo.  
Pero en ella desafortunadamente me sostengo  
atado cada vez más a la necesidad  
de seguirte viendo, aun si apenas te das.



### Tantos lugares

Hay espinas que buscan  
ir directo al corazón,  
frías cadenas que queman,  
hogueras que no encienden.  
Recorrer tantos lugares,  
hallarlos en esencia iguales  
pero a la vez diferentes;  
visualizarlos como olas  
que van y vienen,  
querer sentir apenas  
el flujo y el reflujo,  
el influjo de las mareas,  
de las cíclicas tormentas.  
Recorrer espacios imaginados  
tentando luego el azar  
de otras calles ignotas.  
Haber recorrido tantos lugares  
para acaso entender, sin amargura,  
cuán poco sabemos del mundo.  
Menos aún, por supuesto,  
de lo que vendrá después.





### Noches de insomnio

A veces la noche  
como una inquieta presencia  
abre su boca de pantera hambrienta,  
ilumina con ojos oscuros, radiantes a la vez,  
y en constantes embestidas  
amenaza clavar sus colmillos  
hasta el despunte del día.



### De tanto

De tanto querer atrapar la vida  
la vida infranqueable me ciñe  
cada día más en su soplo vital.  
A pesar de mis pataletas me lleva  
por el corredor de sus claroscuros.  
Atados al designio de su geometría  
vamos por el breve espacio otorgado.  
De tanto querer detener el tiempo  
confundo horas y minutos contados  
que en esencia pudieran pertenecerme.  
No obstante, continúo el trayecto.



### Y yo sin saber

Escaleras a ninguna parte  
parezco ir subiendo por ti,  
siempre en el mismo lugar:  
una sombra haciendo señas  
y yo aún sin saber  
si decirte adiós  
o seguir.

Escritora venezolana cuya carrera artística y literaria se desarrolla tanto en Venezuela como en el exterior. Su destacada labor narrativa le ha valido numerosos reconocimientos y la traducción de sus cuentos a otros idiomas.

Desde muy joven se trasladó a España; desde entonces, esta cosmopolita mujer y escritora ha vivido en otros países de Europa, en Estados Unidos de Norteamérica y en la India. A su regreso a Venezuela obtiene el título de Licenciada en Letras con especialización en Literatura Venezolana e Hispanoamericana (1975). Realiza estudios de Postgrado en la City University of New York (1981), ciudad en la que permanece durante una década. Allí, enseña Lengua y Literatura, dirige seminarios y talleres de Creación Literaria, asiste a conferencias y congresos y publica en revistas especializadas auspiciadas por el Humanities Departamento of New York y el National Endowment for The Arts. Invitada a participar como miembro del Pen American Center of New York, crea también la Asociación de Escritores Latinoamericanos (1987) y realiza el Primer Festival de Poesía Latinoamericana en New York, auspiciado por el Graduate Center y la Public Library of New York.

Sus obras publicadas: Maithuna (Monte Ávila Editores, 1978); Barbazúcar y otros relatos (1979) y El Juego Infinito (Critería Editorial, 2005). Sus relatos aparecen en diversas revistas literarias (RNC, Imagen, Zona Franca, Papel Literario de El Nacional, Actual) tanto en Venezuela como en el exterior: Nimrod Magazine, Bomb Magazine, Sienese Shrederer, Lower East Side Magazine, etc.

En la Universidad Metropolitana labora desde 1995 como Profesora Asociada adscrita a los Departamentos de Didáctica/ Humanidades y Lingüística dicta las cátedras: «Literatura y Arte de Vanguardia», «Las Neo-Vanguardias» y «Lengua Española». Además, es Coordinadora del "Café con Letras" y del concurso de ensayos "Abrapalabra", actividades que realiza conjuntamente con la Biblioteca Pedro Grases desde el 2007.



### Sara\*

Mi primera amiga cuando estudiaba el quinto grado fue una niña judía. Aquella niña de pelo negro ondulado, labios regordetes y ojos grandes y tristes se llamaba Sara Cohen. Por aquellos años, las familias judías establecidas en la provincia, enviaban a sus hijas a colegios católicos para que recibieran instrucción primaria y básica excepto en la materia que tratara sobre religión. Cuando se dictaba esa asignatura, Sara abandonaba el aula cumpliendo con el deseo expreso de sus padres y transmitido, por escrito, ante las autoridades del colegio. Ella era una niña solitaria que siempre terminaba sentándose en una esquina del salón de clases y muy cerca de la puerta. Me costaba entender porqué los ancestros sefardíes de mi padre debían contrariar al catolicismo a ultranza de mi madre. Me angustiaba esa identidad nuestra, celosamente guardada durante las reuniones familiares cuando se pasaban por alto las condiciones de errancia de mis antiguos ancestros al hacernos creer que, la expulsión que sufrieron los judíos de España, no fue por motivos religiosos sino por razones políticas.

Un día, en la clase de Historia, cuando la monja exponía la expansión del cristianismo en Europa y la expulsión de los judíos por parte de Isabel la Católica, una de las alumnas levantó la mano y se refirió abiertamente a la presencia de Sara en el interior del aula. Luego se preguntó, mirándonos a todas: ¿por qué si los judíos habían matado a Cristo, Sara tenía que estar allí, compartiendo clases y juegos con otras niñas católicas? Sara bajó la cabeza en señal de humillación ante la afilada acusación de su compañera y hundiéndose cada vez más en el pupitre esperó que alguien la rescatara, justificara y liberara de una culpa que no era suya sino creada por el vulgo vulgar de una conciencia socialmente trastornada. La monja respondió tibiamente que, si bien los judíos habían intervenido en la muerte de Jesús, Sara no tenía porqué sentirse culpable y aprovechó para reafirmar, una vez más, que tanto ella como cualquier persona practicante de otra religión, siempre tendrían la opción de recibir el Santo Bautismo y salvarse de las fogatas del infierno. Otra de las alumnas se atrevió a argumentar con evidente altanería que, si Sara no tenía la culpa, entonces... ¿por qué ellas debían pagar por el horrendo crimen que los judíos cometieron en contra de Cristo? La monja se veía asustada y claudicante cuando quiso apaciguar la protesta que ya se había desatado

\*/ De *Relatos de la calle Aurora*.



entre mis compañeras. Se pasó, intempestivamente, de una simple clase de Historia a una periquera donde los ánimos se caldearon hasta culminar en el bochornoso acto que protagonizó una de las alumnas cuando, saltando de su pupitre, se dirigió justamente hasta donde se encontraba Sara y la insultó gritándole muy cerca de la cara a medida que le expresaba su odio: “¡Fuera de aquí, judía!” Me angustió ver su rostro salpicado de insultos y saliva, el miedo reflejado en sus ojos, la humillación de estar en un colegio donde sus compañeras de clase la rechazaban y, además, la inmerecida impotencia de su condición semita frente a la mayoría cristiana y mestiza. Llevada por la piedad, no pude contenerme y fui hacia ella para limpiarle la cara. Usé mi pañuelo de hilo mientras la defendía contra el injusto ataque de las otras alumnas, cada vez más crueles y cada vez más incontrolables. Me coloqué delante de Sara protegiéndola con mi cuerpo y levanté mi voz frente al tumulto: “Sara es mi mejor amiga. Ella no hizo nada! Ustedes son las malucas y si se meten con ella también se meterán conmigo” Esas frases las dije y repetí con la fuerza necesaria para mantenerlas a raya cuando, una de las alumnas, la más agresiva de todas, me mostrara su lengua en una mueca antipática y retadora. Entonces grité una y otra vez: “Sí, ustedes son malas, malucas... muy malucas y estúpidas!” Ese gesto y esa voz fueron definitivos para que Sara se convirtiera en mi incondicional amiga mientras permanecí en el colegio.

Varios años después, recordando la vida colegial con mi hermana menor, me enteré que Sara había contraído nupcias con un ingeniero católico y que su participación en la vida política del país era de tal jerarquía y creciente tesón que, por méritos propios, llegó a ocupar un curul en el Congreso como representante femenina del partido socialista. De aquellas trenzas cruzadas a manera de cintillo siguiendo la moda de una Rosa Luxemburgo, Sara aparecía de vez en cuando asomada a las pantallas de la Televisión como la dama que siempre quiso ser. Llevaba el pelo recortado por debajo del lóbulo de las orejas, vistiendo con sobriedad y elegancia, participando de las mismas ideas que antaño la humillaron y enarbolando una sonrisa caritativa tal como lo hubiera hecho alguna de las damas católicas de nuestra encopetada “socialité”. Yo sonreí para mis adentros. Sara se había salvado. Pero ¿lo estaría en verdad o simplemente obtuvo su pasaporte al cielo porque el amor que recibiera de su marido católico la llevó a pedir la bendición cardenalicia y apartarse de los ritos del Sabbath y de la lectura del Talmud? Supongamos que Sara se hubiese salvado: ¿se sentiría, ahora, desalentada en su rol de luchadora social, alejada de las rebatiñas del poder, de las migajas que se pelean a diario los segundones de la baja política? ¿Quién es esa bruja que a menudo clava sus ennegrecidas uñas postizas sobre la mesa de negociaciones entre partidarios del régimen actual y los postulados por el único mandatario contestatario sin ser ario? ¿Quién vomita y escupe metralla desde el palco de los héroes que no lograron lanzarse al vacío porque les faltaba la altura? ¿De la ventana a la calle? No! Del borde de la página al vacío, del pizarrón al pupitre, del escenario a la taquilla, de la acción a la ovación. ¿Dónde estará Sara, ahora, ahorita que el vacilón se acerca inexorablemente a nuestras orillas y convierte las playas del litoral central en un atracadero de buques que vienen de la Habana cargados de miseria ideológica, basura maoísta, troskista, leninista, stalinista, marxista, comunista y, en sus arcas mermadas, se restan las heridas capitalistas de los que partieron rumbo al malecón de los desahuciados tiranos, viejos tiranos podridos en el olvido de nuestros pueblos? Ah, Sara, mejor estarías acompañando a la madre de la patria y a nosotros sus venezolanísimos hijos:

patriotas sin patria, deudos de la libertad, acongojados partícipes del reino de las sombras instaurado desde el mismo corazón del pueblo, engañado mil veces por los mismos venezolanos, los viva-la-pepa, los recostados empresarios gobierneros, los que engordan sin saberlo porque comen de los otros hasta querer verles el hueso; a nosotros, a los que creíamos tener fe, a los que perdimos la fe, a los que nos quitaron todo hasta el miedo de perder lo que nunca tuvimos: la confianza en el otro, la confianza en nosotros.

Yo, seguiré en el estudio de la Khabala, de las migraciones del símbolo, de los erráticos signos que se doblan y se desdoblan en infinitas ecuaciones luminosas para participar en las ferias ilusionistas. ¿Yo? Seguiré indagando al horizonte, tragándome los protones de los primeros rayos del sol en las mañanas caraqueñas o despidiendo las tardes claras, aceradas, definidas en la silueta de los cerros, edificios, casas, árboles y alambradas de luz; ¿yo? seguiré entrándole a la noche acompañada de ritmos estelares, de música de dioses, de ángeles y velaré junto a la luz de la luna tus sueños, tus propios sueños como aquellas arias de Ravel escondidas en los versos de Tristán Klingsor. (Caracas, 2010)





### Transgenero de piratas\*

La botija del pirata en pena, atormentado por las muertes, saqueos e incendios de Maracaibo en 1642 contribuyó a que los habitantes, de mi casa, abrieran varios huecos al pie de los árboles que sombreaban el patio para abandonarlos, después, con la tierna carne de sus raíces al descubierto. Así vimos secar al viejo flamboyant que, por muchos años, alfombrara nuestra área de juegos. La codicia no dejaba dormir a cultos ni a ignorantes. Nadie parecía escapar del primitivo impulso por excavar, no importaba dónde, hasta llegar a poner en peligro los mismos cimientos de la casa. La búsqueda del tesoro enterrado los llevó a restringir las excavaciones sólo hasta ciertos puntos del patio pues, mi madre, decepcionada por el fracaso de aquellas limitadas excursiones, detuvo los trabajos de abrir zanjas y huecos en el piso prohibiendo, además, que se volviera a mencionar el entierro. Sólo así, el ritmo de la vida familiar volvió a su normalidad y con ello, el paulatino olvido del ladino que una vez escondiera, a espaldas de sus compañeros de fechorías, las morocotas y crucifijos de oro que habían robado durante el saqueo y destrucción de aldeas.

Cuentan que aquella botija, en el supuesto caso de existir, formó parte del botín que acumulara el pirata L'Olonnais cuando saqueó, por segunda vez, a Maracaibo. La leyenda de los piratas sembró de imaginación el laberinto de mi infancia. Lo que está aparentemente oculto pertenece a la memoria primordial y al sueño de las pasadas generaciones desenterradas, sin piedad, por la historia de la genealogía de nuestros pueblos. Aquella estafalaria visión del hombre panzudo y manco, acompañado por la figura del flaco y tuerto, formaron parte de la galería de fantasmas. Antes de zarpar, la Corte le entregaba el título de Capitán pero, en el mar, el pirata debía medirse como el más sanguinario. Estas demostraciones de ferocidad y patología criminal fueron aplaudidas y premiadas por los reyes de Inglaterra como enemigos de España. Con el botín que obtenían del atraco a barcos españoles, los piratas llenaban el fondo del buque negro y partían desplegando sus velas cual abiertas alas del pajarraco de la muerte. La piratería, especie de terrorismo marino organizado, fue creada por los ingleses. Fue por eso que nombres tan sonados como Drake, Morgan, Teach o Mings revelaran la piratería sajona y puertos como el de la Habana, Cartagena, La Vela, Cumarebo y Maracaibo, indicaron los lugares de asalto y escondite.

\*/ De *Relatos de la calle Aurora*.

La semilla de los primeros piratas viajó por barco hasta desembarcar, protegida, en las costas norteamericanas hasta echar profundas raíces, en los estados del sur, particularmente en Texas. Siglos después, encontramos apellidos de origen sajón, irlandés, francés y hasta chino como herederos de aquel desajuste personificado del pillaje. Aquellos mapas, jeroglíficos de la ambición dibujada por los antiguos piratas e incrustada en la memoria de los nuevos saqueadores, despertaron la sed del oro negro, de ese mene pegajoso y horrible, cagaruta del mismo diablo.

Los retro-piratas de estos últimos años, arribaron, tranquilamente, en el lobby de algún hotel cinco estrellas, disfrazados de inversionistas y dispuestos a cualquier tipo de abordaje. En las fluorescentes pantallas de sus lap-top se dibujaron las rutas que debían tomar ante la nueva estrategia bursátil. La fábula se tragó los rituales iniciáticos de Occidente y por más de tres siglos, los enloquecidos buscadores del oro amarillo primero y del oro negro después, invirtieron dinero, esfuerzo y vida en el rastreo de lugares donde los viejos terroristas marinos, ocultaron el monto de sus fechorías pero sin la agilidad que requieren, hoy día, los que movilizan millones de dólares en los bancos de Tokio y de Miami.

Las leyendas de piratas se convirtieron en verdaderas delicias para mi afiebrada persecución de imágenes, tan flotantes y erráticas, como esos áridos islotes en el universo mental de mi infancia o en el sistema solar de cierta literatura, creada a fuerza de sueños. Henry Morgan, por ejemplo, el temido pirata del Caribe, se hizo famoso por colgar del pulgar a sus enemigos, incrustarles tizones encendidos en las uñas y burlar el acecho de las flotas españolas. Varias veces saqueó a Maracaibo enfilando la proa de sus barcos hacia el lago, entrando en la ciudad a tambor batiente e incendiándola. Desenterró tesoros y acampó durante un mes en la ciudad vejada. Los barcos estaban repletos de oro y plata cuando trataron de zarpar hacia Jamaica pero la historia cuenta que, los españoles, les impidieron la salida del golfo. Contando con su innata astucia, Morgan logró cargar de explosivos un brulote para despacharlo, a escondidas, como si estuviera dispuesto al abordaje. De esta manera, convirtió la entrada al lago en un verdadero infierno y regresó a Jamaica con todo el oro y la plata que se habían robado. Los historiadores cuentan que el gobernador de la isla le otorgó unas tierras en recompensa por el triunfo y Morgan, de perro de mar que era, pasó a convertirse en un faldero "honesto y respetable hacendado" hasta el mismo día de su muerte.

¿Qué hay de extraño en todo esto? ¿Acaso no aceptamos, desvergonzadamente, el inmerecido aplauso, el otorgamiento de medallas al mérito, llaves, bandas, cargos ministeriales, embajadas y un sin número de premios y honores a los protagonistas del desastre, del robo, de la corrupción, del peculado y viles actos?

La huella de estos piratas se perdió en la arena de las playas desoladas. Prevenidos ante el asedio del futuro, a estos personajes del pasado no les quedó otra opción que dibujar el lugar donde escondieron los cofres y arcones, sin pensar, en los devastadores efectos de la erosión, la remoción de arena o los ciclones. El tiempo se encargó, entonces, de borrar la débil memoria mientras la fiebre del petróleo parece haberse desatado de nuevo; y los campos inactivos se preparan, de nuevo, para recibir la zamurada aunque saquear lo saqueado no sea lo mismo que descubrir lo escondido.

Mi encuentro con los piratas no fue producto de películas hollywoodenses sino por ese aire misterioso que envuelve, por las noches, los torreones de la plaza Ojeda, el Castillo de San Carlos o las ruinas de la fortaleza donde algún cañón asoma su boca negra y continua apuntando, amenazadoramente, al horizonte. Después, vinieron las lecturas y con ellas el desparpajo de una crónica a medio pelo que escribí, para una revista local. Fue así como logré conocer a el Indiana Jones maracucho.

La piratería fue el hilo que condujo al joven arqueólogo por el laberinto tortuoso del pasado, apoyándose, sin escrúpulos, en la imaginería febril de un ex-sargento de la Guardia Nacional. El joven me recibió en su casa y me mostró los antiguos planos dibujados por el espíritu del pirata en pena, condenado a vagar como el holandés errante pero en un mar de pe-

tróleo y tierra. Aquellos trazos, que indicaban la topografía del lugar donde se encontraba el entierro, me parecieron demasiado rudimentarios, inexactos, volátiles. Se requeriría de la pericia de un iniciado en fórmulas esotéricas, escritas sobre el cuero cuarteado de un animal pues, descifrarlos, se hizo cada vez más difícil por la incursión de apariciones, espíritus o fantasmas en el relato. El trenzado memorial de otros tiempos me llevó a buscar, en la mismísima tradición oral, el origen de los mapas que el apuesto arqueólogo desplegaba ante mis ojos y fue entonces, cuando escuché la historia de una mujer que respondía al nombre de Catalina Negrón. En el año 1925, ella había logrado desenterrar un cofre repleto de barras de oro, morocotas, joyas y dos espaditas de oro. El hallazgo se realizó gracias a las indicaciones que le diera un muerto para que excavara, en los cimientos de su propia casa. En el fondo del cofre se encontraban, también, los mapas y documentos de la época de los piratas. Por diversas circunstancias, inexplicables todas para la razón y la lógica, Catalina fue la confidente de aquél ser del más allá. Cuentan que el fantasma que se le apareció a Catalina, era el espíritu de Klee Santer, un inglés condenado a vagar sin descanso hasta que se encontrara el botín que había escondido. El espíritu del pirata llegó a poner en peligro la honra y fidelidad de Catalina cuando, su esposo, la sorprendió hablando en el cuarto con "el extraño". Ofuscado por los celos, el marido corrió por su machete para darle muerte a la atribulada Catalina, pero no logró asestar ningún golpe pues, de alguna parte, venía una fuerza poderosa que luchaba contra él. Con el machete en alto, Catalina lo vio caer varias veces contra el piso, enfrascado en una pelea a muerte con la sombra, tasajeando al aire y al vacío. Agotado y exhausto por aquella lucha inmaterial, el pobre hombre se dejó caer sobre la cama, entregado al letargo del abúlico, del que ya no quiere nada, del vencido. Ella aprovechó el momento para relatar, con voz llorosa, la historia del cofre escondido y el secreto que le revelara el fantasma. La ambición del marido y la aparente prueba de fidelidad que le otorgaba su mujer, se conjugaron felizmente para llevar a cabo, la afanosa búsqueda del botín. La posibilidad de enriquecerse lo hizo olvidar cualquier afrenta. Y encontraron el tesoro para satisfacción de ambos. El marido se quedó con las morocotas de oro y las joyas. Ella, en cambio, prefirió los documentos y los mapas. Él, se armó con lo tangible, con todo lo que brillara ante sus ojos; y ella, con el registro y preservación de otros arcones. Después, los mapas estuvieron en poder de otras personas hasta que llegaron, finalmente, a las del joven que emprendería la cruzada liberadora. Me aseguró que si la nación se dispusiera a emprender el rescate de aquellos tesoros, la riqueza sería suficiente para pagar toda la deuda externa. Sin embargo, pocos creen que la industria permita la expedición, la exploración y la excavación en terrenos de campos petroleros activos. ¿Nos quedaremos con esos mapas de piratas guardados en una caja fuerte, convertidos en patrimonio nacional, congelados en el laberinto nemotécnico de la nueva red, *breaking windows* y protestando la comunicación global hasta llegar al silencio? Mientras, nuestros mejores hombres bajan la cabeza, hunden su barbilla en el pecho y esperan que los nuevos saqueadores hagan su aparición, atraídos por el poder que tiene el curso del recurso. Allá está el botín, entre cardones y tunas, entre ríos secos y pedregales, en lagos cuaternarios y fajas orinoquencas. Y aquí estamos nosotros, venezolanos al fin, con las piernas y los brazos abiertos, satisfechos con nuestros mapas indescifrables y documentos incomprensibles mientras, los otros, aquellos, los más vivos, se quedan con lo tangible, con lo que se ve y se toca, con las morocotas de oro de aquél condenado pirata inglés.

Profesor e investigador. Egresado del Instituto Pedagógico de Caracas (1976). Obtuvo una Maestría en Historia Intelectual de Europa y Estados Unidos de América (Master of Arts, University Of the Pacific, Stockton, California, USA, 1984) y se graduó *Summa Cum Laude* de la Universidad Católica Andrés Bello como Doctor en Historia (1995).

Ha ejercido la docencia como profesor de Pregrado y Postgrado durante más de tres décadas. Desde 1976, se desempeñó como profesor en el Departamento de Geografía e Historia del Instituto Pedagógico de Caracas. En 1992 alcanzó el máximo escalafón académico: Profesor Titular de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Jubilado por esta Universidad a partir del 1º de abril de 1999. Como Profesor Jubilado, ha sido contratado para los cursos de postgrado y tutorías de tesis en la *Maestría en Educación Mención Enseñanza de la Historia* del Instituto Pedagógico de Caracas y en el Doctorado de Historia de la UCAB.

Desde el 2005 trabaja en nuestra Casa de Estudio, adscrito al Dpto. de Didáctica/Humanidades. Desde allí, ha dictado las materias: «Historia Contemporánea de Venezuela», «Historia de las Ideas Políticas y Económicas de Venezuela», «Historia Universal» y «Comprensión de Venezuela».

Como incansable investigador, ha publicado diversos artículos sobre temas históricos y educativos en revistas especializadas. Autor de los libros: *Caudillos y Caudillismo en la Historia de Venezuela* (Caracas, 1979); *Vida y Obra del Ilustre Caraqueño Don Feliciano Montenegro Colón* (Caracas, 1994); *Venezuela Petrolera* (Caracas, 1998); *El Culto a los Héroes y la Formación de la Nación Venezolana 1830-1883* (Caracas, 1999); *El Pensamiento Político del Libertador Simón Bolívar* (Caracas, 2001); *El Gobierno de Juan Vicente Gómez 1908-1914* (Caracas, 2001); *Daniel De León, teórico marxista del movimiento socialista y obrero-sindical estadounidense* (Caracas, 2002); *Feliciano Montenegro Colón* (Caracas, 2007).

Como autor o coautor ha escrito una amplia serie de dieciocho manuales escolares, algunos de ellos con varias versiones y sucesivas ediciones y reimpressiones (Caracas, 1973-2009). En esta edición especial de Cuadernos Unimetanos, el profesor Franceschi nos ofrece su obra *Tres Cuentos, Tres Generaciones y Un Solo Pueblo: Onoto* (Caracas, 1999). Este trabajo, nos explica el autor "reúne tres cuentos cuyo escenario es un solo pueblo. El compartir un mismo ámbito espacial —el pueblo de Onoto— aunque en tres tiempos que corresponden a tres generaciones diferentes representa el sencillo hilo conductor o puente entre las tres historias".



Pierre Guerin

Henri de la Rochejaquelein, 1817

Musee Municipal, Cholet

## El abanderado del General Barreto

En la larga y polvorienta calle del pueblo, estaba la tropa esperando a que su jefe arreglara un asunto que parecía muy importante. El general Barreto, sin bajarse de su mula, le hablaba a un niño que estaba asomado en la ventana de una casa muy grande que ocupaba casi toda la manzana. Ésta era la residencia y el establecimiento comercial más importante del pueblo de Onoto.

El muchacho, nervioso y con la voz entrecortada, le recitaba al jefe una retahíla que apenas se escuchaba. Todos "paramos la oreja" cuando le dijo "*muy buenos días, General Barreto, mi papá no está en la casa en estos momentos, pues salió esta mañana para Valencia a verse con el médico...*" El general Barreto, sin esperar a que el niño terminara de dar el recado, le interrumpió con una carcajada y le dijo que lo felicitaba, pues lo habían preparado muy bien para representar el papel, pero que él estaba bien seguro que Don Pancho estaba allí detrás del postigo de la ventana. Y de inmediato gritó muy alto para que todo el mundo oyera, "*No tenga miedo Don Pancho, que no le vamos a saquear ni a pedir prestado, pues esta revolución es para acabar con el abuso y la tiranía*". Acto seguido, el bachiller-secretario que le acompañaba gritó "viva la revolución", "viva el General Barreto", "abajo la tiranía"; todo eso, mientras la esmirriada columna de hombres a caballo avanzaba calle arriba a tomar la Casa de Gobierno, ya desocupada por el Jefe Civil y los dos policías que habían decidido ir en busca de refuerzos al pueblo vecino.

Mientras la fuerza revolucionaria se desplazaba hacia la Casa de Gobierno, uno de los alzados batía contra el viento una gran bandera nacional. Lo hacía con sumo cuidado para no lastimarse una inmensa llaga que cubría su pierna derecha. La llaga se le veía horrible pues llevaba el pantalón enrollado hasta más arriba de la rodilla. Ese día fue realmente agitado en todo el pueblo, pues no solamente Don Pancho estuvo atareado escondiéndose del jefe de la revolución. Todo el que tuviese algo que perder, aunque fuese una buena gallina ponedora o un cochinito gordo, se había dedicado a guardarlo muy bien donde no pudieran encontrarlo; no fuera a ser que los "revolucionarios" lo exigieran como contribución o impuesto de guerra.

Don Pancho, aunque "musiú" de origen, ya estaba lo suficientemente aclimatado al país para saber qué hacer cada vez que se rompía el "hilo constitucional". Decía jocosamente que

se consideraba un buen sastre por conocer tanto de ese tipo de costura. Tomaba precauciones tales como guardar sus monedas de oro - las muy preciadas "morocotas"- en una lata grande que hacía soldar herméticamente con estaño derretido. Y para poder sacarla después, le hacía poner a la "lata-alcancía" una gran argolla de grueso alambre antes de lanzarla al fondo del aljibe o pozo de agua potable que estaba en el patio interior de la casa. Después de pasar el peligro, al igual que Don Pancho y otros "musiues" que sacaban de los aljibes sus latas llenas de monedas, podía verse a todos los vecinos sacando a sus animalitos y otras pertenencias de los escondites. Otros, más desconfiados aún, decidían matar su cochino de una vez para comer chicharrón y guardar la manteca en lugar seguro, no fuera cosa que la "Barretera" regresara derrotada buscando a qué echarle diente sin pagar.

Días después de haber pasado los sublevados y haber asustado de esa manera a Don Pancho y a todo el pueblo, se supo que los alzados ya habían sido derrotados y dispersados en la montaña donde nace el río que pasa por el pueblo de Onoto. Pero lo más triste que Don Pancho supo después, fue que el Jefe de la partida armada había sido "macheteado" y murió desangrado mientras lo llevaban acostado en una hamaca hacia Valencia.

También hubo noticias por esos días que muchos oficiales barreteros, encabezados por el Bachiller Mirabal, el secretario, habían sido llevados como prisioneros al temible << Castillo de Puerto Cabello >>. Pasada ya una semana, musió Francisco o Don Pancho, como más le gustaba que lo llamaran, estaba sentado, como era su costumbre, en una gran silla mecedora en la puerta principal de su residencia, desde la cual controlaba todo el movimiento de su casa de familia y del negocio. Éste lo formaba una gran panadería, una tienda donde se vendía todo tipo de mercaderías y también un depósito donde se almacenaba el café cosechado en la región. Allí, en el gran portón de dura madera, que había hecho forrar con gruesa hojalata remachada para que no se lo quemaran los revolucionarios saqueadores, Don Pancho conversaba animadamente con un agente viajero recién llegado de Valencia y le contaba los últimos acontecimientos. En eso estaba, cuando de pronto saltó de su cómodo asiento ante la visión de una persona que venía calle abajo. Quien venía no era otro que el mismísimo abanderado del grupo revolucionario que los había atacado poco antes.

El pobre hombre venía cojeando, muy sucio, con la ropa hecha harapos; y por supuesto, sin su gran bandera nacional, pero aún con el pantalón enrollado y su inmensa llaga al aire. Al hombre se le notaba desde lejos que había caminado muchos días, tal vez sin probar bocado.

Don Pancho lo llamó e invitó a pasar a descansar en su casa. Una vez adentro, ordenó a los sirvientes que lo llevaran a bañarse y le dieran una muda de ropa limpia y unas alpargatas nuevas tomadas de la propia tienda. Asimismo, dio instrucciones para que se le sirviera comida y le prepararan un lugar donde dormir esa noche. El agente viajero que presenciaba todo aquello se atrevió a preguntarle a Don Pancho el porqué de esa hospitalidad para con un humilde abanderado llagoso de una *revolucioncita* derrotada.

Don Pancho sonrió y le dijo con voz queda: No crea que no sé que me comprometo a verme enredado en chismes y a ser acusado de enemigo del gobierno; sin embargo, a este hombre con su horrible llaga y ese "San Benito" de haber sido el abanderado de esta última quijotada del General Barreto, yo le debo la vida. Y diciendo esto, se quedó en profundo silencio.

De inmediato todos fueron llamados a cenar, y como ya era costumbre, el agente viajero fue también invitado a compartir la mesa junto con toda la familia del dueño de la casa.

Durante toda la comida, el invitado no se atrevió a tocar el tema del fugitivo hospedado desde esa tarde. Pero ya después de haberse tomado varias copas de buen vino francés, se animó de nuevo a buscarle la lengua a su amable anfitrión y paisano (o a "*jurungarle*" la sin hueso como decían en Onoto). Don Pancho, que disfrutaba mucho de esas conversaciones de sobremesa, se puso a recordar otro viejo incidente relacionado con una de esas "revoluciones" locales. Contó que hacía ya varios años, estando en Puerto Cabello en viaje de negocios, se le ocurrió hacerle una visita a un preso que estaba recluido en uno de los calabozos del tenebroso Castillo. Aprovechando la ocasión, preparó una gran bolsa con muchas cosas adquiridas en

un almacén porteño. Entre otros obsequios le llevaba varias mudas de ropa nueva, una buena cobija, jabón, velas, varios paquetes de tabaco, un gran queso amarillo holandés, una botella de aguardiente, y además, le llevó varios panes elaborados en su propia panadería.

Una vez que Don Pancho enumeró sus obsequios para el preso pasó a relatar lo más curioso de la anécdota: Cuando entró al oscuro y maloliente calabozo, de inmediato se puso de pie un hombre barbudo y cubierto de ropas sucias y andrajosas que lo miró con ojos de miedo y asombro; pero apenas el inesperado visitante le recordó quien era y le entregó sus obsequios, el preso se puso de rodillas a llorar, dándole las gracias y, al mismo tiempo, suplicándole el perdón por todo lo que le había hecho en el pasado.

Demás está decir - dijo el musíu - que el Jefe del Castillo que lo acompañaba se sorprendió al conocer el porqué ese preso reaccionaba de esa manera. Para que comprendiera su gesto tuvo que contarle que el preso suplicante de ahora no era ningún viejo amigo (como él, equivocadamente había supuesto); más bien, él era el temible jefe guerrillero Juan de Dios Ramos que años atrás lo había obligado a caminar amarrado, descalzo y bajo amenaza de muerte. Al escuchar esa historia, sus contertulios sólo atinaron a sonreír mientras pensaban en esa muy peculiar "venganza" de Don Pancho, esto es, siendo exageradamente generoso con quien le había hecho mucho daño en el pasado.

Después de oír esas confidencias que pocos conocían, el visitante agente viajero volver a preguntarle a Don Pancho sobre lo ocurrido con el llagoso derrotado.

Musiú Francisco accedió a contarle la razón de su agradecimiento hacia él. Nuevamente, los presentes eran "todo oídos" cuando el anfitrión reinició su relato. Contó que estando él recién llegado de Europa y operando una pequeña panadería y casa de comercio, llegó una partida armada al pueblo, cuyo jefe (que no era otro que Juan de Dios Ramos) pretendía que los comerciantes del lugar le "prestaran" una gruesa suma de dinero.

Desde un principio él se negó de plano a entregarla y por ese motivo fue apresado y llevado a la cercana montaña para ser "fusilado". Diciendo esto, Don Pancho dijo sin inmutarse que lo del "fusilamiento" no le preocupó en absoluto, pues sabía de antemano que no iban a cumplir con esa amenaza. El problema más grave fue, en cambio, que esos desalmados lo hicieron caminar sin zapatos sobre aquellos caminos llenos de afiladas piedras, lo cual si era una verdadera tortura.

Pues bien, agregó el narrador, llegando a la orilla del gran río de la montaña, y ya con los pies destrozados, gritó a sus *capttores* que, si de todas maneras lo iban a fusilar, lo hicieran de inmediato, pues no estaba dispuesto a continuar la marcha y mucho menos a cruzar, enfermo como estaba, ese río de frías aguas que bajaba de la montaña. Muy serio, Don Pancho recordaba que, cuando les dijo eso, en verdad estaba dispuesto a negarse a caminar más, pues sus pies ya sangraban, y a esperar que lo mataran de una vez.

Fue entonces, cuando un hombre que acompañaba a sus *capttores* y que le impresionó mucho por tener una pierna cubierta de asquerosas llagas, le dijo: "Don Pancho, si usted me lo permite, yo lo paso cargado."

Y agregó el *musíu*, no solamente me pasó a través de las frías aguas y fuerte corriente del río sino que me llevó cargado hasta el sitio donde decidieron liberarme y finalmente darme una bestia para regresar a mi casa. Todos nos fuimos a dormir convencidos que musíu Francisco pagaba de esa manera el favor recibido años atrás. Sin embargo, había algo más que el pago de esa deuda de gratitud en el gesto del ahora rico comerciante.

Cuando en la mañana el hombre de la llaga se disponía a partir montado en un buen caballo y con ropas, alimentos y dinero suministrados por Don Pancho, éste le dijo, a manera de despedida: Mire amigo, ¿Y dónde se le quedó la bandera que cargaba? El hombre de la pierna llagada le respondió: "La usé para cubrir el cuerpo moribundo del General Barreto".

Cuando ya el llagoso iba calle abajo, Don Pancho le gritó: "Hizo usted muy bien, mi compadre no merecía menos". Al oír eso, todos nos quedamos en silencio viendo como se alejaba el viejo abanderado con su pantalón enrollado y su llaga al aire.



## La urna y el piano

Nunca se imaginó que la obra que terminó aquel día iba a ser para ella, pues casi la había borrado de su memoria, después de muchos años de no verla y ni siquiera hablar de lo que antes había significado. Ya anochecía cuando se puso a pensar sobre lo que había sido su vida anterior, la que hubiese sido muy difícil relacionar con aquel diario y ya rutinario trabajo de ebanista funerario.

Ese día sintió un gran cansancio por todas aquellas largas jornadas que nunca terminaban antes de las siete de la noche. Ese cansancio se le hacía más pesado por una extraña sensación de insatisfacción consigo mismo, cuya causa, lo sabía muy bien, era el usual comentario que surgía cada vez que terminaba una de sus obras: Los curiosos siempre le decían que era una lástima ponerla bajo tierra para que se pudriera junto con su contenido. Entonces, más que nunca, tuvieron razón sus amigos y los curiosos que le visitaban, sobre todo, si se consideraba que cada una de las tablas, cada tornillo, los pedazos de láminas negras y blancas de las teclas y la larga bisagra de la tapa de lo que una vez fuera un piano estaban ahora ocupando su lugar en la más hermosa urna que hubiese fabricado hasta entonces.

La excelente madera de caoba le daba una apariencia de mueble fino al ataúd que lucía extrañas cruces negriblancas de un material nunca visto en aquel pueblo, cuyos mayores acontecimientos eran las fiestas patronales de cada año o el fallecimiento y entierro de alguna persona notable. La tapa superior no tenía las comunes *bisagritas* doradas como las otras urnas que había fabricado y vendido hasta entonces; ésta tenía una larga bisagra que iba a todo lo largo de ella y que le daba un toque de singularidad al trabajo.

Todos los que la habían visto cuando trabajaba en ella, o cuando estuvo después en exhibición, admiraron aquella obra maestra de la artesanía local, pero también les sorprendía la utilización de aquellos extraños materiales que antes habían formado parte del hermoso piano de cola con el cual muchas veces se había deleitado musicalmente al auditorio. Aquel piano, ahora convertido en elegante urna, estaba allí junto a otras de más bajo precio, a la espera de que alguien viniese a solicitar lo que en aquel pueblo llamaban jocosamente el *"flux de cedro"* o *"el último estuche"*. Su precio era el más alto, y por ello suponía su hacedor, que de no vendérsela a un "pe-

sado” o rico de los alrededores, la destinaría algún día para sí mismo. Tal era su lúgubre talante para entonces, consecuencia, como muchos sabían, de una decepción que no lograba olvidar.

Una de sus largas noches sin sueño terminó abruptamente cuando tocaron a su puerta solicitándole el servicio para alguien a quien había conocido muy bien. Quien llamó tan temprano esa fría madrugada no era otro que el papá de Dilia, quien, llorando por la muerte de su todavía joven y bellísima hija, le abrazó mientras recordaba hermosos y dolorosos momentos para ambos. El que ahora mostraba las urnas disponibles no podía todavía comprender, cómo aquella a quien tanto había amado, ya no existía en este mundo, y sólo requería ahora del suministro de una caja adecuada, para llevarla convenientemente a la fosa donde descansaría para siempre. No le resultaba fácil comprender todo aquello que ahora le comunicaban de manera súbita, pues todo el pasado se hacía presente como un torbellino en la memoria y nuevamente laceraba su corazón. Todo aquello abría de nuevo la herida que él creía haber sanado, cambiando el trabajo de la tierra en la hacienda familiar y la participación en la orquesta del maestro que le había enseñado a tocar el bombardino, por la, para muchos incomprensible, tarea de fabricar y vender urnas en un pueblo donde casi nadie se moría y mucho menos alguien que pudiese pagar lo justo por aquellos hermosos ataúdes, en cuya elaboración consumía muchos días de esmerado trabajo.

Mientras oía con dolor las explicaciones sobre la repentina muerte de la joven, tomó la decisión de ofrecerle el mejor féretro que entonces tenía. De inmediato, le ordenó a su ayudante limpiar el polvo que la caja de brillante madera negra había acumulado, y sin esperar más, llevarla a la casa vecina. Cuando se retiraron los que vinieron a buscar el féretro pudo darse plena cuenta de su inmensa soledad; sintió algo que supuestamente nunca sentía, esto es, el miedo a la muerte o a continuar por siempre esa vida que sólo la llenaba un continuo laborar, más parecido a una manera de escapar de la realidad que a una verdadera actividad productiva y gratificante.

Durante ese aciago día no probó ni un solo bocado. Varias veces lo llamó su cocinera avisándole que la comida estaba lista. Pero sólo le pidió café negro en cada oportunidad. Ya en la tarde, estando un poco más sereno, una sola idea rondaba su cabeza y era saber cuándo empezarían a doblar las campanas de la iglesia para anunciar los oficios religiosos y el viaje al cementerio. Había decidido no ir a la casa donde estaban velando el cadáver; más bien, prefirió ir al templo y luego caminar junto con todo el pueblo detrás del féretro que sus manos fabricaron y que guardaba los despojos de quien no quería ver ahora con la muerte reflejada en sus facciones. A él nunca le había gustado esa morbosa costumbre de ver a los difuntos; siempre repetía que prefería recordar las personas tal como eran cuando disfrutaban de la vida; ahora, en este caso, cumpliría con mucha mayor razón su promesa. Por nada del mundo cambiaría sus hermosos recuerdos por esa fea visión de lo que dejaba observar la levantada tapa unida por una larga bisagra. El ayuno, el traspasado y tal vez el exceso de café y cigarrillos consumidos ese día le estaban produciendo cierto malestar general, cuando oyó que daban el tercer toque o “dobles” de campanas anunciando la ceremonia. A pesar del malestar que sentía, se apresuró a colocar una cinta negra alrededor de la manga de su *liqui-liqui* blanco y se dispuso a caminar las dos cuerdas que lo separaban del sitio donde las familias del pueblo estaban reunidas llenando las naves y el atrio del pequeño templo, así como las cercanas aceras de la plaza.



Un pensamiento lo llenaba de angustia, ¿Cuándo y cómo darle el pésame a los restantes familiares, ...lo haría allí mismo en medio de aquel gentío o ...esperaría a armarse de valor e ir personalmente a los novenarios en la casa de la familia?.

Rápidamente se disipó su duda, pues era casi imposible acercarse a los llorosos deudos, casi ahogados por un gentío que pugnaba por darles aunque fuese unas *palmaditas* en el hombro, acompañadas de algunas expresiones inaudibles. Además, algunos como la madre de Dilia, se habían quedado en la casa bajo los efectos de un fuerte calmante, administrado por una de esas personas que se auto asignan esas responsabilidades en los hogares sacudidos por una tragedia. De tal manera, que la decisión casi obligada fue la de esperar la oportunidad del primer novenario para poder ofrecer las condolencias en la propia residencia recién enlutada.

Durante el viaje a pie hasta el cementerio, acompañando al cortejo fúnebre, tuvo oportunidad de oír los comentarios que siempre hace la gente en esos casos; algunos lo miraban de manera disimulada y hablaban en baja voz, mientras él caminaba absorto detrás del féretro de negra madera brillante.

Al llegar a la puerta del cementerio se detuvo, mientras muchos apuraron el paso y otros casi corrían por encima de las tumbas para tomar los primeros lugares alrededor del profundo hueco, rodeado de promontorios de tierra recién cavada. Allí, cuando la urna ya había sido colocada sobre el suelo y el sacerdote se disponía a pronunciar las últimas oraciones, alguien abrió totalmente la pesada tapa sujeta con su reluciente y larga bisagra. De inmediato se pudieron oír con más fuerza los lastimeros gritos y llantos entre los que se abalanzaron a verla por última vez. Nuevamente, tuvo que alejarse del tumulto que casi lo obligaba a ver lo que no quería; con gran esfuerzo se alejó de aquel sitio, decidido a conservar la visión de una hermosa mujer a quien tanto amó y no aquella otra ante la cual prefería cerrar sus ojos. Una vez que estuvo cerrado el ataúd y debidamente colocado en el fondo de la fosa se acercó de nuevo y, tomando una de las palas, ayudó a cubrirlo con la tierra, hasta que una mano amiga le pidió la herramienta para cumplir también con el ritual. El profundo silencio sólo era roto por los murmullos y el sonido de algunos terrones que golpeaban la negra caja que desaparecía en esa cavidad cada vez menos profunda. La jornada fue completada con la colocación de todas las coronas y cruces de flores sobre el túmulo de tierra rojiza y húmeda, entonces, todos se dieron cuenta que nada más había que hacer sino emprender el regreso por la polvorienta calle que antes había visto pasar el más concurrido entierro en muchos años, según decían los entendidos.

Esa noche, sólo los muy íntimos de la familia se atrevieron a ir y sentarse en los corredores de la enlutada casa. La mayoría prefirió esperar el siguiente día para iniciar la asistencia a los rezos del rosario; entonces, también iría el funerario ebanista a ofrecer sus palabras de pésame a la familia que no había visitado por muchos años, después que lo había hecho tres días a la semana durante dos años.

Pasado un día después del entierro, en la noche, en el momento de cumplir con la solidaria visita de pésame, sus labios se movieron pero las palabras se le quedaron adentro y solamente su tembloroso abrazo a la madre, las hermanas y hermanos de Dilia le permitieron expresar todo aquello que hubiese querido decirles entonces. Sintió un gran alivio cuando otros visitantes que esperaban su turno para dar su pésame le echaban a un lado y ello le permitía acabar rápidamente con aquellos traumáticos encuentros. De allí en adelante, pa-

sado ese “trago amargo”, se limitaría a la diaria asistencia al rosario, manteniéndose discretamente sentado junto a la mayoría de los hombres que se contentaba con oír el rezo de las mujeres y a cuchichear entre ellos, mientras fumando esperaban el reparto de café o chocolate caliente.

Aquella convencional actitud escondía sus verdaderos sentimientos. En realidad, detrás de esta “fachada”, se desarrollaba una verdadera tormenta, donde los recuerdos de una apasionada relación amorosa inconclusa, se mezclaban con terribles escenas de celos, rupturas de compromisos matrimoniales y devolución de costosos presentes e íntima correspondencia epistolar. Recordando el gardeliano tango que decía que «veinte años no es nada» se revolvían en su memoria aquellas visitas tres días a la semana, cada miércoles, sábado y domingo; de siete a nueve de la noche y con la hermana menor sentada frente del «tú y yo», hermoso mueble traído como regalo por el *musiú* que se casó con la mayor de las hermanas. Hacía ya veinte años que todo había terminado para quien ahora, en la penumbra del corredor, oía en silencio a las rezanderas decir las letanías que pondrían fin a la sesión de esa noche. Hacía ya veinte años, pero parecía que había sido ayer cuando recibió el paquete de cartas atado por una cinta roja, varias cajas con libros de poesía, algunos adornos y joyas; y también una nota anunciándole que el piano lo recibiría al día siguiente en la propia casa de la hacienda, desde donde antes lo habían enviado como exquisita muestra de desprendimiento y afecto. Recordaba también esa noche, en la penumbra de los corredores de la enlutada casa, que nunca quiso ver de nuevo el piano devuelto, ordenó a los peones de la hacienda que lo guardaran en un salón semi abandonado, y allí, un día, sobre el hermoso piano negro cayó el techo de tejas y madera que cedió bajo los efectos del comején y la lluvia. Largo tiempo estuvo el piano dañándose a la intemperie, hasta que sobreponiéndose a su rechazo por lo que simbolizaba el instrumento, lo hizo llevar al pueblo y lo convirtió en la más hermosa urna que había podido hacer hasta entonces. Lo que nunca se imaginó, el día que terminó su obra, fue que el piano enmudecido definitivamente, terminaría guardando y protegiendo del frío suelo de la tumba a quien un día había acariciado sus teclas y levantado su tapa sujeta con una larga bisagra dorada.





### El día que Chilón lanzó la primera bola a diez para las doce

El Sol pegaba duro sobre el *terronal* al que sólo le quedaban pequeños restos de lo que en otro tiempo fue un área cubierta con la verde hierba. Solamente dos largas rayas marcadas con blanca cal sobre el terreno pelado dejaban constancia que se estaba en el "Estadium" que iba a servir de escenario a uno de los más *candelosos* encuentros entre el «Onoto BBC» y su eterno rival, el equipo del vecino pueblo de Pericoca.

Cuando ya todos esperábamos el lanzamiento inicial, de lo que se decía iba a ser un reñido partido, se regó la voz que a pesar de ser ya más de las once la mañana de un día domingo, más bien pasado de Sol, teníamos que seguir esperando la llegada de Chilón para que lanzara la primera bola del partido. La noticia fue anunciada a través de un equipo de sonido prestado por el italiano dueño del cine del pueblo, quien aprovechaba además para promocionar repetidamente la exhibición de la película de esa noche, la titulada «El Bolero de Raquel» con la actuación del gran Cantinflas.

Al oír ese último anuncio, de inmediato se oyó un fuerte murmullo general y algunos silbidos y gritos subidos de tono; especialmente del lado donde se ubicaba el grupo de personas que acompañaba al equipo visitante.

Considérese que ya los presentes tenían más de dos horas de pie y a pleno Sol. Salvo algunos precavidos que llevaron algo donde sentarse y con qué taparse, la mayoría sufría los rigores de la incomodidad de aquel "*peladero*" que los lugareños llamaban su estadium. Uno que estaba parado al lado de la línea de cal entre el "*home*" y la primera base, para así poder discutir cada decisión del árbitro con los que estaban cerca de él, opinaba que todo lo que ocurría se debía a un "*achilonamiento*". Un catire desconocido y por tanto considerado por los presentes como un acompañante del equipo visitante rival, preguntó ingenuamente qué era eso de un "*achilonamiento*". Tal opinión, definitivamente lo identificó sin lugar a dudas como forastero, pues sólo alguien así podía hacer semejante y más que obvia pregunta.

Desde atrás, uno de los onoteños dijo, en alta voz y con un tono irónico, que sólo un nativo de Pericoca (el odiado distrito capital) donde lo único que se había inventado era darle tres golpecitos al rallo, para hacer caer en el plato las últimas "*boronitas*" del queso blanco

rallado, podía no saber o entender lo que era un "achilonamiento". El forastero se quedó callado mientras otra persona, un tanto más hospitalaria que él que les recordó la fama de avaros que él que le recordó la fama de avaros, le dijo calladamente al oído: no les haga caso, espere tranquilo que ya Chilón aparecerá de un momento a otro, pues ya una comisión fue a buscarlo a su casa porque seguramente se le olvidó que hoy tenía que lanzar la primera bola del juego de béisbol, considerando que este domingo el equipo estrena sus nuevos uniformes donados por el *musiú* dueño del cine.

No obstante la amable explicación ofrecida al forastero, y que él agradeció con una amplia sonrisa, éste volvió a preguntar acercándose más a su interlocutor. Le dijo, explíqueme por fin, ¿qué es un *achilonamiento*? El afable *onoteño* le respondió que un "achilonamiento" podía ser cualquier cosa medio rara que provenga de nuestra antigua gloria deportiva, Jacinto "Chilón" Figueroa, a quien todo el mundo conoce simplemente como Chilón; ignorando muchos que, el estadium donde ahora estaban, llevaba precisamente el nombre de este antiguo jugador de pelota sabanera.

Como ya el amable catire se había auto presentado ante quien había accedido a aclararle sus preguntas, su interlocutor continuó contándole que todo lo que hacía Chilón tenía un espeso aire de misterio. El catire rió de buena gana y le dijo con voz muy queda a su recién conocido amigo: O sea, que hoy Chilón hizo una de las suyas. Exacto, le contestó su contertulio.

De repente, la concurrencia empezó a aplaudir frenéticamente. Todos observaban como Chilón caminaba lentamente hacia el montículo del lanzador mientras se escarbaba los dientes con un largo palillo. El anfitrión *onoteño* le dijo entonces al catire preguntón, casi gritándole en el oído en medio del alboroto del público, no crea que tanto júbilo es por el epónimo lanzador de la primera bola, la alegría es porque al fin el juego va a comenzar y esperamos que nuestro equipo gane.

Chilón, sin importarle mucho que ya eran diez para las doce del Medio Día, lanzó la primera bola y se retiró de inmediato argumentando que tenía una importante diligencia que hacer.

Alguien detrás del catire forastero murmuró: Tanto misterio para justificar que tiene que ir a cortar las plumas y arreglarle las espuelas a un gallo de Don Lucho en la gallera vecina. A pesar de lo dicho por el autor del comentario, casi todo el mundo quedó convencido de que el insigne lanzador de la bola inaugural no podía quedarse a presenciar el encuentro deportivo y a servir como asesor del «Onoto BBC» en el juego de ese día, porque un importante compromiso lo esperaba en otra parte.

Licenciada en Educación egresada de la Universidad Metropolitana (2009). Estudió Letras en la Universidad Central de Venezuela y es Técnico en Artes Visuales de la Escuela de Artes Cristóbal Rojas (1996).

Poeta y origamista. Ha participado en diferentes recitales de poesía organizados por la Dirección de Cultura de la Universidad Metropolitana: «La poesía toma la UNIMET y viceversa» (2005, 2006, 2009) y «Talento UNIMET» (2010). Su ensayo: *El Origami, ¿un acto poético?* fue presentado en la Primera y en la Segunda Convención de Origami celebradas en Caracas (2008 y 2010, respectivamente). En la actualidad, es vicepresidente de la Asociación de Origami de Venezuela y coordinadora del Diplomado «Música Electrónica» que se dicta en nuestra Casa de Estudios.

También, imparte talleres de creatividad para niños, adolescentes y adultos.



Hoy quiero permanecer ausente,  
ausente de todo recuerdo,  
de toda nostalgia infértil de mi vida,  
de aquellas palabras inútiles que se me  
escaparon por la boca en  
momentos no oportunos,  
a destiempo.

Hoy me ausento de mi vida, para vivir la  
vida del otro  
que es mi propia vida,  
hoy me desnudo ausente ante mi propio  
reflejo,  
me miro,  
me vivo en el otro y no en mi,  
me reflejo en otro y no en este hastiado  
cuerpo que no me soporta,  
en el cual ya no cabe experiencia alguna.  
Tomo prestado otro cuerpo para cansarme  
en él y dejar descansar el otro.

Me miro penetrantemente a los ojos,  
intentando buscarme en lo más recóndito,  
me miro y la jornada se hace cada vez más  
tortuosa,  
más complicada,  
para finalmente hallarme ausente en el otro.



Hoy es momento propicio de tocarte como  
tema,  
como tema y nada más

Es momento de sentarme frente a ti  
tomar tus manos y decirte  
lo maravillosamente ausente que te siento,  
lo lejano,  
lo incierto,

lo impredecible

Hoy es propicio observarte,  
detallar tus tímidos movimientos,  
tu rostro mediterráneo,  
tu estómago lleno de flores,  
tu sonrisa a destiempo,  
tu mirada lejana y serena  
ajena

todavía no te toco  
ni como tema, ni como nada.



Todavía no me he habitado  
Ni pienso hacerlo por ahora

Todavía no escribo sobre lo importante  
Y tampoco pienso hacerlo todavía

Todavía no me nombro...



En tu despedida corrí hacia la oscuridad escaleras abajo,  
me confundí entre la multitud que te despedía,  
pude alcanzar el carro que te llevaba de regreso, guiado por  
una anciana gorda con dos jóvenes no menos agonizantes que tú  
finalmente, en mi desespero, logré tomar tu mano y decirte cuánto te amo.  
No me invitaste a abordar el carro, sin embargo, seguí intentando alcanzarte y traerte de vuelta  
Te vi sentado en la silla esperando que te dejara ir...

al final comprenderé que ni la India entera podrá hacer nada,  
ni por ti, ni por mi.



Esta tarde es parecida a muchas tardes de mi infancia; el sol penetra en mi casa como en aquella capilla a la tres de la tarde hace más de veinte años, cuando en medio del usual silencio vespertino observaba un camino de hormigas en la escalera del dispensario, cuando no sabía de tristezas ni de ausencias, cuando no imaginaba estas cuatro ausencias que me invaden, como me invade este sol que entibia mis pies desnudos, este sol que no se atreve a reflejar en más peldaños quizás para no recordarme la peor de mis ausencias, la que me recuerda puntos cardinales, capitales y banderas del mundo....

Nunca viajaste, sin embargo, en éste, tu paradójico viaje de retorno te convertiste en mi atlante.



Tengo una sensación de bienestar tan grande que me invade  
Como el olor a creyones nuevos el primer día de clases  
Un *guayoyo* caliente en un día de lluvia  
Una taza de avena de mi abuela  
Los mediodías de mi infancia  
El último día de clases  
El sonido del mar  
Un arcoiris  
Un ave  
Tú



Caraqueña, hija de inmigrantes gallegos. Licenciada en Letras (UCAB), candidata a Magister en Historia de Las Américas (UCAB).

Profesora de la Universidad Metropolitana desde 1989. Durante estos 21 años, ha dictado las cátedras: «Procesos del Lenguaje», «Pensamiento Occidental» y «Lengua y Universalidad». Desde 2009 se desempeña como docente de las materias «Morfosintaxis» y «Redacción I y II» en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello.

Como investigadora, se ha presentado en varios eventos internacionales entre los cuales destacan: Exposición sobre la obra del poeta venezolano Enrique Planchart con motivo de la apertura de una sala de estudios de la Biblioteca Nacional en su nombre. (Caracas, 1998), V Jornadas Nacionales de Investigación Humanística y Educativa, (Caracas, UCAB, 2004), XII Congreso Anual de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (Tabasco, 2005), III Congreso Sudamericano de Historia. Desde nuestro pasado a la comunidad Sudamericana de Naciones (Mérida, Venezuela, 2007), VIII Encuentro Internacional de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (Caracas, 2007), Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales en Conmemoración de los 50 años de FLACSO, (Quito, 2007), I Encuentro Internacional de Estudios Marítimos, (Caracas, UNIMET, 2008), Congreso de Investigación y Creación Intelectual de la UNIMET, años 1998, 2008 y 2010.

Hoy nos da a conocer otra faceta: poeta.

### Trauphis

Los azulejos comieron y sólo se escucha la lenta cadencia del rosario que ellas rezan todas las tardes desde tiempo atrás.

Yo no sé cuánto, porque apenas entré un instante en sus rezos.

Muchos azulejos se han ido con el tiempo y la muerte.

Pero siempre nacen otros para entrar, comer la fruta y partir.

Cuando ellas mueran, ya no habrá más tardes, o acaso sí, en mi memoria.

Al final: siempre se irán los azulejos de las tardes de Medellín, ellas y sus rezos, y la lenta cadencia donde las vi.

Nunca vendrás por mí secretamente,  
y me llevarás lejos,  
a donde yo no sé.  
Nunca veré tu sonrisa de ese día.  
¿Dónde ha estado la de todo este tiempo?

Será verdad que voy a amarte siempre,  
Que morirás primero que yo,  
Que sentiré el más tremendo de todos los vacíos.

Las horas pasan pero yo permanezco quieta.

*Demasiada quietud.*

*¿No la oyes?*

*Debo moverme, cerrar lo inconcluso, irme.*

*A dónde.*



Cuántas voces alrededor: ideas, sentidos, emociones.

Cuántas proyectando sus días, apostando a la continuidad.

Como si escapar fuera posible.

Y vives así, con la certeza de tener un tiempo para ver ballenas, ir a Montmartre y recordar cuánto amaste a Proust.

Qué lejos están aquellos días: tu madre te trajo de España: *En busca del tiempo perdido*.

***Villahermosa: Tus manos, quién volverá a tocarme así.***

Un temblor en la avenida Páez.  
Madrid, un beso al salir de la ducha.  
Tu última piel.

***Un tiempo de espera.***

Qué sentido tiene ser muy, muy pequeño.  
Acabas de nacer: Dolores.  
Tu padre llora: él me lo contó años después.  
Mi madre: no sé. Quizá, preocupación.  
Y yo, tristeza: No te preocupes, yo no soy un canalla.  
Y a pesar de esos días: Yo, lo mejor de la vida.

Voy por días que no sé.  
Aún los soporto; pero habrá un tiempo en que me ahogarán.  
Voy hacia ellos.  
Cuánto espacio entre ahora y las risas interminables de la infancia.

A penas se perciben las naranjas y las caracolas dulces.  
Llevo conmigo la arena y las flores de aquel día.  
Tu sonrisa siempre y tu cuerpo lejano.  
Aún habría que esperar por él.

Todo está abierto: las tierras de mi padre,  
tu casa y la mía,  
los lugares a donde he ido desde siempre,  
las calles sin mí.

***Cuánto placer el olor del monte. Entonces ¿Por qué lejos?***

¿Si lo sabía, por qué mi padre no fue hasta él?

¿Qué esperaba?

Más vida. Más tiempo.

Es un estremecer, un quedarse absorta, trémula, honda, dolida.  
Mi madre, la culpa de no acompañarla cada día.  
Mi hermano, la tristeza de su vida.  
Mi padre, la fuerza postrera de sus manos tomando las mías: un vano respirar, mi pena siempre.  
Tú: qué distantes, emociones y temblores.  
Mi vida: a veces sí, y otras se niega.

Montes acercándose al mar: Paria.  
Tierra distante: nadie oye las olas que llegan a sus verdes.  
Se ha hecho silencio la ambición de lo hombres.  
El cacao aún crecerá por cien años.  
Ahí, en medio de ese tiempo: hojarasca inmensa, humedad.

Un camino cruza montes distantes del mar: humedad y sombra.  
Hombres y mujeres de cacao van en él.  
Los días de este tiempo: las demandas de la vida y la muerte.  
Humedad y sombra reclamándose siempre.  
He rozado sus pasos.  
Y ese tiempo de hojarasca inmensa.  
La historia y sus preguntas no me inquietan.

Cuántas palabras leídas en tu soledad.

Ya no quedan líneas para ocultar la ansiedad de otros días:

El recuerdo incansable de unos ojos: promesas que no se colmarán.

Tus propias palabras a un destinatario, y su tiempo que ya pasó.

Ahora te abres con esa fuerza tuya y gritas para que entren:

Hombres con corazón de mujer,

Mujeres de pieles blancas que te seducen.

De cuántos arrebatos serás capaz para cubrir un tiempo y abrir otro.

Un día, otro día, otro...el análisis de estructura, quince minutos insuperables de trote, la historia de la filosofía, los muebles viejos de la cocina, las doscientas matas de lechosa, el país, el presidente, el agua que no llega, las angustias de mi madre, de pronto tan vieja, unas tierras, la vida beoda de mi hermano, la muerte de mi padre, las amigas de la vida, las conversaciones de siempre, las risas por los mismos recuerdos, un niño que tampoco llega, la madera que se pierde, estuvo perdida desde siempre, el cielo que vio cómo la sembraban ya lo sabía, las mujeres distantes del cacao de Paria, y mucha, mucha cerveza.

Hay una tristeza en la tarde y ha llegado hasta mí.

Distanciarnos,  
Perder: qué quieres hacer.  
Y la voz, la mirada que las acompaña.  
No, ya es suficiente con lo que me está negado.  
Es un roce perdido desde siempre.  
Esta tristeza suspendida en mis ojos, en mi garganta.  
Mi conciencia de lo que no será.

No sé de tus soledades. Una voz triste, apenas.  
Tus hijos se han marchado como extraños, a pesar de todo tu tiempo.  
Sus propios caminos. Y ahora, descubrir que falta el tuyo.  
Cuartos vacíos: Qué no hice.  
Los has mencionado dos, tres, cuántas veces en ti.  
¿Te habrás parado en esas habitaciones vacías a pensar en tu vida?  
Cuánta tristeza  
Que nadie puede llenar.  
Soledad que yo no conoceré. Esa no.

Tiempo atrás,  
un día sin verte: dolía.  
Tenerte cerca, también:  
ahogo,  
quemadura,  
sequedad,  
deseo.  
Y una alegría como si no hubiese:  
pájaros verdes y rojos,  
árboles,  
montañas,  
mar y sus conchas,  
ni el agua dulce que se empoza y la que  
salta,  
ni mis quereres.  
ni lo que me ha dolido siempre.  
Ahora,  
estás en tu casa.  
Y yo,  
adivino tus pasos.

Leo unas viejas líneas, tú debes guardarlas contigo: estás en tu casa y yo adivino tus pasos.  
Un tiempo distante: ya no busco imaginar tus gestos, ni dónde estás ahora.  
Ahora, comienzo a vivir sin ti.  
Cómo imaginarlo tiempo atrás.

Servando, el mejor hombre.  
Una vieja amiga, una anciana, hoy nombró el calor de mi padre.  
De pronto, el tiempo no había transcurrido.  
Me he apartado de su recuerdo como un insulto.  
He ido a ocuparme en cosas vanas.  
He escuchado a su hija: desprecia sus palabras tontas, su cuerpo inútil, sus gestos sin sentido, su mirada perdida porque hace ya tiempo que no ve la luz.  
Parece esperar el fin.  
Yo busco no recordarlo.

Licenciado en Contaduría Pública de la Universidad del Zulia (1975). Trabaja en la Universidad Metropolitana desde 1999. Hasta el 2008 se desempeñó como Auditor Principal; en el presente, es Contralor en nuestra Casa de Estudio.

Durante veintiocho años trabajó en la empresa petrolera nacional. En PDVSA Gas y Petróleo, Exploración, Producción y Servicios (corporativo) como Líder de Implantación Proyecto SAP – Finanzas (1997-1998). En LAGOVEN, S.A desempeñó los siguientes cargos: Coordinador de Control Interno-Gerencia de Finanzas Líder del proyecto de Análisis y Depuración de cuentas y registros contables a efectos de implantación sistema SAP (Caracas, 1991-1996); Jefe del Grupo de Control-Gerencia Finanzas (División Occidente, Maracaibo, 1988-1991); Contador General, Supervisor de Control Interno, Supervisor de Contabilidad de Petróleo y Analista de Contabilidad (Refinería de Amuay Paraguaná, Estado Falcón, 1976-1988). En Creole Petroleum Corporation se desempeñó como Asistente de Laboratorio (Refinería de Amuay Paraguaná, Estado Falcón, 1970-1975). Ha sido Miembro del Tribunal Disciplinario Nacional de la Federación de Colegios de Contadores Públicos de Venezuela (1985-1987); Presidente del Tribunal Disciplinario del Colegio de Contadores Públicos del Estado Falcón (1988-1990); Presidente Junta Directiva del Colegio de Contadores Públicos del Estado Falcón (1983-1985). En la actualidad es Miembro del Colegio de Contadores Públicos del Estado Falcón (CPC 218) y Miembro del Colegio de Contadores Públicos del Estado Miranda (CPC-218).

Hoy nos sorprende con una faceta muy distinta de su vida...



## Poco a poco

**I**

Poco a poco, siento que se va mi vida  
ya para siempre he perdido la ilusión  
un dolor muy grande de mi corazón  
consume mi existencia desde tu partida

**II**

No tengo sosiego, ya perdí la calma  
mi vida se extingue porque tú te has ido  
no siento que vivo, se me muere el alma  
y mi corazón llora adolorido

**III**

Recuerdo tu rostro alegre, sonriente  
tu clara mirada cual lúcida estrella  
y tu cabellera, cual un sol poniente  
y tu boca fresca, escarlata y bella

**IV**

Ahora he comprendido, cuanto yo te quiero  
lo mucho que te amo. Siempre te querré  
mi amor es tan grande que me desespero  
porque sé que jamás yo te olvidaré

**V**

Tu linda figura la llevo grabada  
como una reliquia por Dios esculpida  
la llevaré conmigo para toda la vida  
porque toda la vida tú serás mi amada

**VI**

Si alguna libélula se acerca y te alumbra  
te ruego la atiendas, es mi mensajera  
ella te dirá que vivo en penumbra  
y que mi corazón te añora y te espera

**VII**

Me siento solo, soy un solitario  
paso el tiempo aferrado a tu recuerdo  
ya no sé si estoy loco, ya no sé si estoy cuerdo  
solo sé que te amo y en ti pienso a diario

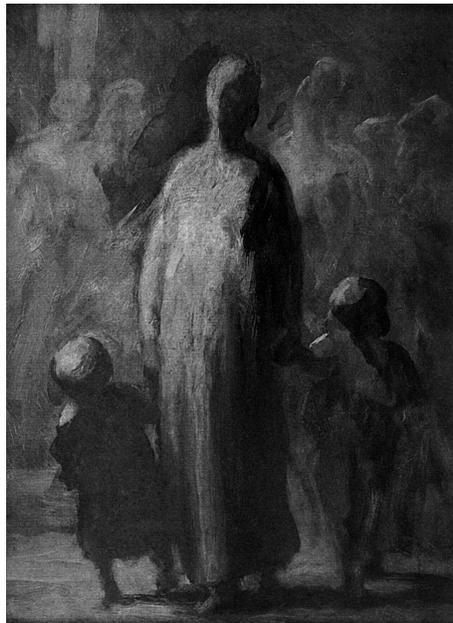
**VIII**

Espero con paciencia que el destino  
apacigue mi sufrir y mi dolor  
dirigiendo tus pasos al camino  
a unirme nuevamente con mi amor

**IX**

Perdóname estas líneas escritas con pasión  
y quizás cursis, sin sentido  
pensarlas con mi mente no he podido  
sólo intervino para ello el corazón





### A mi madre

Han pasado por mi vida muchos años  
y a mi madre la recuerdo mucho más  
desde siempre, ya viejo y desde niño  
llevo en mi alma, indeleble su cariño  
el pasado, no ha pasado y en hogaño  
siento no olvidarla yo jamás

Recuerdo de mi madre su ternura,  
su amor y su bondad,  
sus ojos diáfanos de mirada pura  
y su sonrisa llena de maternidad

Fue mi madre una santa terrenal  
lumbre de vida, inmensa como un sol  
de clara luz, de manto celestial  
plétora inmensa de infinito amor

El amor de mi madre fue fecundo,  
amor que no tiene parangón  
pues, creo que no existe en este mundo  
otra mujer de tan grande y noble corazón

El recuerdo de mi madre yo venero  
y al recordarla me embarga la emoción  
la miro entre las nubes, más la quiero  
es ella mi gran adoración

Mi madre se marchó tempranamente  
y su partida a todos sorprendió,  
en un inhóspito lugar recuerdo yo  
que de pronto fui rodeado por la gente  
y de entre todos una voz me dijo ¡vente !  
que en esta hora de tal desconcierto  
hemos de llevarte al aeropuerto  
no disponemos de tiempo que perder  
pues amigo, trago amargo has de sorber  
¡esta mañana tu mamá ha muerto!

Llegué al velatorio de mi madre  
a mediados de la madrugada  
al verla me pareció que jugueteaba  
al socaire de la brisa fría  
y que mirándome a los ojos sonreía  
e inundados mis ojos de emoción  
le dije ¡madre bendición!  
y entonces escuché que me decía  
me voy hijo, pero un día  
entre nosotros ya no habrá separación



## Hasta luego mi amor

**I**

Es difícil decirte un adiós de despedida,  
no puedo ya con este sufrimiento  
es tan grande y noble lo que por ti siento  
que eres tú, mi amor, mi propia vida

**II**

Pero he, aunque tarde, comprendido  
que tu amor para mi es inasequible  
y sin embargo, sabiéndolo perdido  
me aferro fieramente a lo imposible

**III**

Luché, como lucha un hombre enamorado  
cuando quiere inmensamente a una mujer  
pero todo ha sido en vano, tu querer  
ya no me pertenece, se ha acabado

**IV**

Consciente estoy que no te olvidaré.  
Es imposible, para mí olvidarte  
en mi corazón, siempre te llevaré,  
eres de mi amor un estandarte

**V**

Hasta ahora no he podido acostumbrarme  
tu amor es para mi vida, una ambrosía  
pero para evitar llegues a odiarme  
debo desistir de esta terca e insistencia mía

**VI**

Sé que no podré nunca olvidar  
la tersura de tu piel, fresco jazmín  
y el aroma de tu cuerpo de azahar  
aunque tú, a mi amor, pusiste fin

**VII**

Eres tú la más tierna y bella rosa  
orquídea montañés linda y sensual  
la mujer excelsa y más hermosa  
cual sílfide nacida de un aura celestial

**VIII**

No te digo adiós, te seguiré amando  
solamente te diré un hasta luego,  
decirte adiós, mi amor no puedo.  
Toda la vida te estaré esperando

**IX**

Te estaré esperando para amarte mucho más  
con este amor que en mi alma truena  
ardiente, sincero y contumaz  
que me mata, ahogándome de pena





## Mayra

Miro los espacios ya vacíos  
Ante tanto silencio me acongojo

*Y me percató que ya no tengo bríos*

### **Requíbrase mi musa en un despojo**

A causa de la ausencia de los "ojos míos"

Es hoy Mayra tu cumpleaños

*Mares de por medio y gran distancia*

*Evitan celebrar como en antaño*

Libando una copa juntos en la estancia

*Y abrazarte y bendecirte todo el año*

Nunca olvido, hija mía, los años de tu infancia

*Retratos tuyos, en tu cuarto y el zaguán*

*Orlan imponentes el ambiente*

*Música de Chaquira, Pedro Infante y de Chayanne*

Escuchamos, siempre alegremente

*Recordando tus discos que guardo con afán*

Oh ¡ Mayra , aunque lejos, tú siempre estás presente

Pero todos nos sentimos muy contentos

Estamos muy felices de verdad

Te deseamos, paz, amor felicidad

Intuimos en nuestros pensamientos

Tu bienestar, dicha y gran prosperidad



## Adios...

### I

Te digo adiós, pero te sigo queriendo  
ya, definitivamente, no hay nada entre los dos  
y aunque por ti me estoy muriendo  
debo decirte, para siempre adiós

### II

Un amor tan grande y puro como el mío  
es imposible que se extinga fácilmente,  
las turbulentas aguas de un caudaloso río  
las detiene sólo el mar, únicamente

### III

Yo te amo y te seguiré amando,  
a pesar de no ser correspondido,  
mi corazón vacío, triste y llorando  
adiós te dice, como le has pedido

### IV

Que bonito hubiera sido envejecer a tu lado  
tu siempre hermosa, cual majestuosa flor  
y yo, de ti, siempre enamorado  
estrechándote en mis brazos y entregándote mi amor

### V

Pero que ingrato mi destino cruel.  
Quisiera estar contigo, escuchar tu voz,  
he luchado y no he podido dejarte de querer  
y sin embargo, tengo que decirte adiós

### VI

Que no me amas, consciente estoy  
me lo has dicho, y mil veces repetido  
pero por fin así, ya lo he entendido  
y hoy te digo adiós, porque me voy

### VII

Me voy de tu lado, linda, preciosa  
mujer encantadora, bella, inolvidable  
deseo que para siempre seas dichosa  
y que tu nuevo amor, sea mejor y perdurable

### VIII

Perdurable y que mucho más que yo te quiera  
que te diga palabras hermosas al oído cada noche  
que la felicidad sea para ti, más que rutina, un derroche  
y que no te quede de mí, un recuerdo que te hiera

### IX

Que te ame y que nada perturbe tu felicidad  
que entienda que eres libre, como el viento  
que no soportas ataduras a tu libertad  
porque ella es la dueña de tu espacio y de tu tiempo

### X

Mientras tanto viviré con mi dolor  
dolor inmenso, muy difícil de sanar  
es el dolor de tanto amar  
sin ser correspondido en el amor

### XI

Eres y, por siempre, serás la mujer de mi vida,  
iré por el mundo queriéndote a ti  
abierta y sangrante llevaré mi herida  
hasta que me muera, queriéndote así.



Narradora, poeta y ensayista. Se desempeña como profesora de «Mitología y Tragedia griega» desde el año 2.006, adscrita a la Dirección de Cultura de nuestra Casa de Estudio; y como profesora invitada de la Universidad Estatal de Cuenca (Ecuador) donde ha dictado los seminarios: "Arquetipos femeninos y creación en el cine y la literatura del siglo XX", "Surrealismo y Dadaísmo, respuesta creativa a la desintegración de un orden".

Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Egresada de los Talleres de Creación Literaria del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, bajo la dirección del escritor Eduardo Liendo (1994-1995). Desde entonces, se ha dedicado con fervor a la escritura como cuentista y poeta. Entre sus obras de cuentos destacan *Con los ojos abiertos* (2008) y *Creí que me besarías antes de partir* (2009). Su cuento "Macanao", incluido en este último libro, ha sido traducido al portugués por el Instituto Camoes de Venezuela. Recientemente, ha incursionado con éxito en la poesía. Su poemario de viaje: *Cadaqués, palacio de viento* le ha merecido Primer Lugar en Poesía del Premio Nacional Alejo Moreno, Fundación de poetas de San Joaquín, Estado Carabobo, 2009. Y espera pronta publicación.

Sus ensayos y reseñas literarias aparecen con regularidad en: «Papel Literario», «Revista cultural Espacios y Perspectivas», «Revista cultural Foro del futuro», «Revista cultural Kalathos», «Revista Nacional de Cultura», entre otros. Como coautora ha publicado dos obras ensayísticas de envergadura: *Dos escritores frente la crítica* (2006) y *La mirada femenina desde la diversidad cultural de las Américas. Una muestra de su novelística de los años sesenta hasta hoy* (2008).

En el «Papel Literario» de Febrero 2010 fue incluida en el grupo de la actual vanguardia de escritores, llamado "Escritores de hoy".

## El mismo espanto que convierte la palabra en una mueca\*

Los soldados avanzan y por donde pasan no queda nada. Con tanques y explosivos van devastando los edificios, las calles, los postes, los cafés, las librerías, los bares, las salas de video juegos, las estaciones de metro, los tenderetes de discos y de pinturas de labios.

No estoy despierta, estoy soñando con la guerra, con el fin de todo lo que un día tuvo sentido en esta ciudad de decadencias interminables.

¿Acaso moriré? ¿Será este sueño un presagio de mi próxima muerte? ¿Será una profecía del porvenir oscuro que nos aguarda? ¿A mí, a todo este pueblo de olvidos y de abandonos infinitos?

Después nos acostumbraremos a las calles sin pavimento, destruidas por las bombas que lanzaron los aviones, a la suciedad de los albañales rotos y al excremento en todas partes, a la oscuridad de las noches sin bombillo callejero, a los apartamentos vacíos, a los mercados sin provisiones. Los que sobrevivan se acostumbrarán, irán de aquí para allá mirando sin ver porque ya no habrá capacidad para más asombro, serán como una horda de ciegos apretujándose en todas partes, en la parada del autobús, en los centros de distribución de gasolina, de alimentos, de medicinas, a las puertas de los hospitales, de los consulados, de la Cruz Roja, de los crematorios comunes.

Pero un sueño es siempre un sueño, sólo una visión que, aunque conmueva el alma, no tiene necesariamente que cumplirse. Espero que pase rápido, que no sea tan cruel, que al menos nos dejen las viviendas para refugiarnos, los mercados para proveernos, los servicios básicos, que no destruyan los museos, que dejen tranquilas las bibliotecas y la estatua de Balzac, también la de Martí. Ojalá que no se ensañen contra las obras de Léger de la Universidad, que no quemem las muñecas de Reverón ni nos arrebaten los chicalotes y las dulcamaras, esas plantitas que se agarran con fuerza al abismo de Luvina.

Sueño y como en un sopor veo las acciones confusas de los seres humanos buscando algo que no encuentran más que en los depósitos de basura, en los restos de lo que quedó olvidado en las aceras, sucio, roto, inservible, barcos de papel a la deriva, guiñoles desmem-

\*/Cuento ganador en el "VI Festival literario ucevista" mención narrativa-cuento corto, Universidad Central de Venezuela, UCV, 2003 (Publicado en: Revista Nacional de Cultura Conac/La Casa de Bello, Caracas, año LXV, Número 329, 2004)

brados, cometas llenos de huecos con sus hilos enredados en los cuerpos entumecidos de pavor y las caras paralizadas en el asombro.

Sueño y olvido que sueño porque la claridad de las imágenes me hace pensar que es real aquel mundo de humaradas negras, llantos interminables y relojes eternos, *ding, dong*, que marcan el tiempo preciso de cada lágrima, de cada gemido, *ding, dong*, como si las lágrimas y los gemidos fueran parte de una melodía, *ding, dong*, de una sinfonía si se le agregan los gritos nocturnos de las pesadillas.

Ahora estoy en el paseo junto al río, aquel donde sacaba a caminar a Olga, animal de dulce expresión que acompañó mi vida. Pero, en vez del parque con los bancos de madera de siempre, encuentro una gran fosa, un lugar al que se lo ha tragado la tierra y, en medio de aquel gran hueco negro, una bolsa de basura con un perro adentro reventándose de podredumbre. Sé que es Olga, no puedo soportarlo, quiero despertar pero mi voluntad no cuenta, la muerte cruel de mi perra me persigue aunque corra buscando una salida, sé que era ella, sé que es su cuerpo el que se descompone en la fosa donde alguien la dejó olvidada porque no hay cementerios para los perros. Pero por más que corra estoy presa de los caminos misteriosos de la visión que salen del paseo junto al río y me llevan hasta donde están los cadáveres que van a ser cremados, sin rezo, sin misa, sin nombre, porque no hay tiempo de averiguar identidades y saber quién es quién y quién debe cargar con cuál muerto.

Algunos buscan el que les corresponde, yo me uno a ellos, con el miedo pegado al costado, temerosa de que los aviones vuelvan a bombardear la ciudad, pero me afano en mi labor junto con los demás, con apuro, con ahogo por el hedor insoportable.

Trato de encontrar a mis padres para llevarlos a sus tumbas, los pondré allí para que descanen de todo esto, para que puedan olvidar lo que han pasado, lo que han vivido en aquellos días de la crisis antes de la guerra, los días del desasosiego. Quiero que puedan dormir en paz, quizás soñar ¿pueden todavía soñar? ¿Qué pueden soñar los muertos?

Una vez acabado el trabajo, me quedo ante sus tumbas acostada en la tierra que remuevo con mis manos de vez en cuando, como queriendo que se abra y me deje entrar a mí también, como deseando que lleguen los soldados y me corten los brazos para poner uno en cada tumba y así poder abrazar a cada uno de mis padres eternamente.

Sueño con tumbas, miles de tumbas, miles de desaparecidos, de torturados, de ajusticiados y siento en la piel la angustia de aquellos días cuando todo el mundo sabía que habría guerra, pero nadie lo decía, cuando preferíamos callar y explicar que todavía estábamos a tiempo de hacer algo para evitarla. Es la angustia del que sabe y calla y callando muere o tiene que matar, con el mismo miedo muere o mata, el mismo sudor frío recorriendo la espalda, el mismo espanto que convierte la palabra en una mueca.

Morir, dormir, soñar, aquí en mi refugio de imágenes puedo gritar tanto como quiera porque nadie vendrá a rescatarme, es sólo un sueño.

Pero entonces, al desviar la mirada del fusil que me apunta, no encuentro mi cama, ni mi lámpara, ni la mirada apacible de Olga que siempre cuidaba mis sueños porque sabía que eran nerviosos. No encuentro a Olga, lo que encuentro es la sangre que me salpica, todavía caliente, de los que acaban de caer a mi alrededor.

Con el ruido del disparo, mi cabeza gira con violencia en la almohada y, al cambiar de posición, comienzo a soñar que he despertado, que acabo de regresar de la tierra arrasada y que alguien me ha pegado un tiro en la cabeza mientras soñaba ¿sueño que muero? ¿o muero y sueño que me han matado?

No sé, no sé... en el vértigo siento que es lo mismo, que es igual, que es el mismo sudor frío recorriendo la espalda, el mismo miedo, el mismo espanto que congela la palabra en una mueca.



## Estrellas brillantes en Praga

Antes del viaje le había dicho a Julio que desde siempre había adorado Praga, desde que había leído a sus autores, Kafka, Kundera, Meyrinck y que aquella idea de ir allá, una vez recibido el nuevo año en Berlín, me ponía a danzar con la música de la radio de la cocina encendida a todo dar, cosa rara, dada mi tendencia natural a la melancolía. Por supuesto que cuando Julio llegó un viernes en la tarde con la guía Michelin y la de Lonely Planet, puse manos a la obra para planificar el viaje y así no perder tiempo al llegar, después de todo íbamos a estar allá sólo unos días.

-También la podemos googlear, qué te parece

-Claro que sí, y vamos a imprimir otro mapa de la ciudad con más detalles

Ese mismo fin de semana lo pasamos consultando mapas de Praga en la internet y estudiando las dos guías hasta que logramos hacer un itinerario interesante, además de reservar una habitación en un antiguo, bello y no-tan-carro hotel en *Hrad any* cerca del Castillo de Praga, el de Kafka, en el que basó la novela del señor K. Esas noches soñé con la Praga que imaginaba, con los laberintos de la *Malá Strana* y de la Ciudad Vieja, la *Staré Mesto*, con el barrio judío, con la Vieja-Nueva Sinagoga del Rabino Loew en cuyos altos se creía que había vivido el terrible Golem, un gigante hecho de barro a quien el rabino había insuflado vida con palabras secretas de la cábala.

El dos de enero, tras recibir el año en la Puerta de Brandemburgo, a menos ocho grados centígrados, y cenar arenque y salmón ahumado con el clarísimo vino Riesling, fuimos a la Hauptbahnhof, la estación central de tren de Berlín, compramos los boletos y tomamos el tren.

Viajamos todo el tiempo hacia el sur, recorriendo los gélidos paisajes nevados hasta llegar a Dresden y de ahí en adelante ya las orillas del río Moldavo no nos abandonarían hasta llegar a Praga. Caían grandes copos de nieve que dificultaban el movimiento del tren que, después de la frontera checa, tuvo que esperar para proseguir. En ese cruce de fronteras, el saber que estábamos entrando en la parte oriental de la Europa, esa zona que es el verdadero centro del continente, de tantos y diversos pueblos, de los moldavos, bohemios, bukovinos, ceskios, eslovacos, moravios, nos emocionó mucho. Además cambió el paisaje y algo más

denso pareció posarse en los bosques, ahora oscurísimos y misteriosos, y en las montañas, de laderas casi verticales, a cuyas cimas se aferraban sombríos castillos medievales de piedra y argamasa.

Julio y yo, una pareja joven de venezolanos típicos viajando con los dólares Cadivi, las cámaras digitales semi pro y en primera clase, de seguro llamábamos la atención, pero nosotros no lo sabíamos. Sólo cuando preguntaban “*where are you from*” y contestábamos “Venezuela” y nos respondían “*Ah, of course*”, caímos en cuenta que les recordábamos aquel rico y próspero país petrosaudita de los años ‘70, de los viajeros a dólar “cuatro treinta” que podían comprarse el mundo en un solo viaje. Nosotros, primos lejanísimos de aquellos, pero llenos del mismo *savoir faire*, aún éramos considerados como ellos.

Habíamos visto mucho las guías de viaje, pero nada nos había preparado para la belleza de Praga, cuyo nombre se pronuncia en checo como dos suspiros seguidos “Praaa-haaaa”. Ya en el taxi que nos llevaba al hotel, contemplé extasiada la hermosa ciudad. Sí, Praga era como un sueño, algo fuera de la realidad. El puente de Karlovo con sus decenas de esculturas, híper decorado, las puertas de la ciudad al estilo medieval, las calles de adoquines, las plazas rodeadas de edificios antiguos y oscuros, el hotel de largos pasillos de piedra, todo me hacía entrar en una especie de tiempo paralelo, en una realidad imaginal que me mantenía con los pies casi separados del suelo al andar.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, Julio no estaba. Había dejado una nota sobre el gavetero diciendo que había ido a comprar café y pasteles para el desayuno y que regresaría pronto. Asombrada me quedé con el papel en la mano pensando que si no volvía a tiempo no íbamos a poder hacer el tour como lo habíamos planeado. Decidí bañarme y vestirme para salir apenas llegara, mas Julio no regresaba. Salí a buscarlo a la *Malostranské nám stí*, una plaza cercana al hotel en donde había visto al llegar varios restaurantes y pastelerías, pero no lo hallé por ninguna parte.

En ese momento me atrajo la gran puerta de la ciudad vieja que conducía al puente de Karlovo y me dejé llevar por el flujo de turistas que iban en esa dirección. Al llegar miré mi mapa y me di cuenta que estaba muy cerca de la casa de Kafka, un museo donde se guardaban sus manuscritos originales, sus fotos y recuerdos. Pasó el tiempo. Cuando salí de la casa de Kafka, además de tener hambre y seguir montada en una nube literaria en la que me imaginaba ser cualquier cosa menos lo que era, me desorienté y no recordaba dónde quedaba el hotel. Sólo estaba segura de que no debía cruzar el Puente Karlovo porque me llevaría a un lugar desconocido. A duras penas volví al hotel, una vez allá la recepcionista me informó que Julio había regresado y había dejado dicho que yo lo esperara en la *Václavské nám stí*, la plaza de Wenceslao, que allí comeríamos algo ligero en el Starbucks y luego tomaríamos un tour-caminata.

Pedí direcciones porque ya no me sentía tan en capacidad de llegar sola a ninguna parte. A mi desorientación y mis dudas se sumaba un nuevo sentimiento: veía la ciudad y sentía como si algo de ella me perteneciera, como si yo ya la hubiera habitado, bien yo pudiera haber sido una chica llamada Milena que recibía cartas de un escritor o una judía mirando con horror la llegada de las tropas nazis a la ciudad o una checa con un pañuelo de vivos colores cubriendo mi cabeza mientras en un carro de caballos salía, con mi familia, hacia los escarpados montes. Cruzé el puente, tomé el tranvía, o “tram”, como le dicen, y me bajé justo en la estación de la gran avenida de Wenceslao, caminé hacia la zona de los restaurantes y entré al Starbucks, pero no vi a Julio ahí. Entonces compré un café y me senté junto a la ventana a esperarlo. En eso me pareció que lo veía entre un grupo de gente tras un guía turístico, con prisa tomé mi morral y mi cámara, me puse los guantes y salí de nuevo a la calle con mi taza de cartón y mi café humeando en el frío. Pero no era Julio y, de pronto, la sensación de desorientación volvió con más fuerza. Por momentos no sabía dónde estaba, todo se disolvía a mi alrededor, la niebla bajaba y envolvía la avenida y, de repente, voces en un antiguo idioma que creía olvidado comenzaron a llamarme “¡Zaskia, Zaskia!”. Girando la cabeza asom-

brada vi que aquello no era juego, que por los laterales ya entraban los tanques rusos y que yo, con mi café en una mano y mi morral en otra, no sabía adónde correr ni de dónde venía la voz que me estaba llamando. Los soldados se acercaban y nosotros, una multitud que protestaba, no los esperábamos “¡vienen los soldados, Zaskia!” y entonces supe que quién me llamaba era Antón.

La niebla, las calles escarchadas aún de nieve y el viento frío del norte, dejaron espacio a la visión de alguien a quien yo había amado mucho, mi querido Antón que se acercaba corriendo “¡Zaskia, Zaskia!” Lágrimas asomaron a mis ojos y en mi mente se revolvieron las imágenes de un pasado que ahora estaba segura de conocer. Sí, yo era esa Zaskia que él buscaba, era 1968 y allí estaba de nuevo mi novio de la universidad. Su largo y lacio pelo negro, su amada cara delgada, sus ojos también negros profundos y su espléndida sonrisa me recordaban lo felices que habíamos sido.

Habíamos vivido la historia de amor más perfecta que se hubiera escrito, él, estudiante de Filosofía, yo, de Literatura, ambos llenos de sueños. A nuestras conversaciones en el Café del *Klementinum* había seguido el amor, los besos robados en los antiguos pasillos góticos, las citas en el pequeño apartamento que Antón compartía con sus compañeros de estudio. En ese tiempo creíamos que estábamos haciendo una revolución, que íbamos a cambiar el mundo en aquella primavera de Praga, pero mi muerte a tiros de fusil esa tarde, justo cuando Antón me tomaba en sus brazos, y la de muchos otros, había significado la pérdida de ese sueño. Y ahora ahí estaba yo de nuevo, con falda y sandalias de cuero y Antón con su chaqueta beige de verano huyendo de la represión brutal de la guardia. Ahora lo volvía a ver aproximarse a mí despacio “¿Zaskia? Sí Antón, soy Zaskia, he regresado” y justo cuando extendía su mano para abrazarme, un *click* doble, el del fusil soviético siendo montado y el de su mente al comprender que me perdería de nuevo, hizo brillar sus ojos con un brillo raro en forma de estrellas.

Me desmayé, eso creo, porque entré en una nada suave y cómoda. Luego, ya despierta en los brazos de Julio, no podía creer que aquello me hubiera pasado o que en realidad me hubiera pasado. Quizás no había sido más que un delirio causado por el hambre o por mi fértil imaginación y por la visita a la casa de Kafka esa mañana, pero aquellas imágenes habían sido tan reales que aún hoy me parece estar viendo la cara de Antón y las siluetas de los soldados detrás de él.

Llorando en silencio, por mí, por Antón, por el pasado doloroso de una ciudad que me parecía propia, volví al hotel mientras Julio me abrazaba y me explicaba que, desde el otro extremo de la calle me había visto caer. Entonces él había gritado y, seguido del guía y de los otros turistas, había corrido hacia mí y que tardé algún tiempo en darme cuenta de que era él quien me sostenía. Me dijo que, cuando los abrí, mis ojos lo desconcertaron: parecían ser más claros y lo miraban de una forma rara.

Al día siguiente dimos un largo paseo por el Castillo de Praga, que es en realidad un complejo de muchos castillos, y al otro regresamos a Berlín para tomar el vuelo a Frankfurt y de allí a Caracas. En el tren de regreso Julio, que no dejaba de preocuparse por mí, me iba preguntando todo el tiempo que cómo me sentía. Entonces quise saber cómo era aquella mirada mía que tanto lo había desconcertado y él me respondió: “con un brillo raro, como si dos estrellas se formaran en tus ojos”.

Ahora que escribo esta historia en la simpleza de mi sol y mis guacamayas tropicales, entre olores de café y de cayenas en flor, no sé qué explicación darle o si buscar alguna o si pensar que en algún lugar del universo vagan un Antón y una Zaskia enamorados y separados por toda la eternidad por un fusil y una descarga. No lo sé. Hay misterios que no se explican, pero que nos dejan, para siempre, una sensación extraña en el alma y estrellas brillantes en los ojos.

Paraguachí 11/11/10